

El anhelo olvidado

“Hay personas que te reconcilian con la existencia” –Ernesto Sábato

Martín trabajaba en un *call center*, encargado de la asistencia técnica a empresas de una gran compañía de internet. A lo largo del día, atendía tediosas llamadas de personajes que aún no se adaptaban a los tiempos modernos, y que se rehusaban inconscientemente a aprender como utilizar los más básicos aparatos electrónicos. Dicha tarea en un comienzo era una experiencia nueva que servía para adquirir las herramientas necesarias para dar instrucciones, pero más profundamente, desarrollaba el ego de Martín, quien siempre pretendía saber las cosas que los demás no sabían. Suponía en ese entonces que se trataría de un trabajo ocasional, un puente para conseguir una mejor posición. Lo cierto es que ya llevaba casi dos años estancado, sentado en una tibia butaca ubicada a seis metros del aire acondicionado, cosa que le producía una terrible congestión, y lo obligaba a equiparse de papel *tissue* en cada uno de sus bolsillos. El trabajo que se vislumbraba en principio como una oportunidad, se había transformado en una aburrida y agotadora rutina que sustentaba sus gastos básicos, y le daba la chance de juntar un poco de dinero. Desde hacía un tiempo que se había resignado a la opción de ascender o conseguir un nuevo empleo, ya que sus estudios técnicos, si bien eran bien apreciados, no eran suficientes para cubrir el perfil de un mejor puesto.

Los mejores momentos del día los vivía camino a su hogar, en donde disfrutaba de un agradable paseo en bicicleta (lo que el tráfico y la ansiedad matutina no le permitía hacer con anterioridad). Su trabajo estaba ubicado en una calle llamada *Julio Prado* en Providencia, mientras el residía en unos antiguos departamentos ubicados en la calle *Santo Domingo*, justo antes de interceptar con *Miraflores* en pleno Santiago Centro. El trayecto era sumamente reconfortante, ya que contaba con una excelente bicicleta *mountain bike*, con la cual podía presumir a quienes viajaban en delicadas bicicletas de paseo la imposibilidad de realizar las que, desde su perspectiva, eran osadas acrobacias. Así mismo, podía también presumir a los alterados automovilistas, sometidos a la neurótica caravana de una capital, la velocidad que alcanzaba, o bien la libertad con la que disponía para respirar el contaminado aire de la ciudad. Eran estos paseos los que le permitían descubrir nuevas panaderías para disfrutar de buenos pasteles y marraquetas, regocijarse con la arquitectura que se resistía a ser reemplazada por frívolos y uniformes edificios, y en ocasiones, lanzarse a librerías de viejos libros usados. Martín era un buen lector, y si bien con el tiempo había construido una no despreciable colección, le molestaba profundamente invertir de manera descriteriada recursos en un montón de papeles recién impresos, motivo por el cual se dedicaba a buscar entre antiguos libros grandes títulos, por que para él eran mucho más valiosos que la gran parte de la literatura reciente. Kafka, Cortázar y Bukowski eran sus favoritos, pero en su búsqueda se había encontrado desde clásicos de Dickens hasta desconocidas obras de Mussolini, y todo claro al mejor precio. Así era como algunos días disfrutaba hasta que se escondiera el sol, y otras, tan solo eran breves travesías para encontrarse de lleno con la puerta de fierro que custodiaba la entrada al edificio.

Un día, al terminar de cumplir con 3 minutos de más ya que un tipo llamado Guillermo insistía que su computador estaba poseído, Martín decidió viajar directamente a su hogar. Pretendía llegar a desplomarse en su cama, y desde ahí tomar el teléfono, pedir una pizza tamaño

familiar, una bebida para no atorarse, y dormir con el sabor del peperoni entre sus muelas. Para su fortuna, un suave silbido quiso hacerse notar en la rueda delantera, posteriormente de una violenta caída a un bache. Fueron tan solo segundos antes de que la llanta comenzara a chillar en el pavimento, por lo que Martín no tuvo otra alternativa más que detenerse y asumir como las abuelitas del barrio, acompañados de sus perros en miniatura, lo sobrepasaban. Mayor fue su molestia al percatarse de que no contaba con el pegamento de los parches chinos que había comprado en *San Diego* para zafar de situaciones como esta, por lo que el plan de llegar temprano se había arruinado. Justo antes de maldecir los baches y las cámaras de bicicleta, diviso a media cuadra lo que parecía ser su esperanza: una ciclista. Venía sonriendo, probablemente había estado cantando. Se detuvo cuando vio a Martín quitando el neumático, haciéndose el desentendido, ya que no le gustaba aparentar debilidad. La vio de reojo, y no pudo evitar gesticular más de lo necesario. Venía en una bicicleta Peugeot que aparentemente estaba recién restaurada. Llevaba puesto un vestido verde digno de la primavera, el que dejaba ver sus ejercitadas piernas. Tenía la tez blanca, casi pálida, que contrarrestaban con sus ojos negros y unas escasas pecas en sus pómulos; El pelo oscuro, prisionero en una trenza que se apoderaba de su espalda. – ¿Te ayudo? – Dijo con una voz tan dulce que llegaba a ser siniestra, – Bueno, no tengo parches ni otra cámara, ¿tienes? – Le pregunto bruscamente. Su bicicleta contaba con un canastillo, en donde llevaba un bolso de donde saco un sinfín de elementos con los cuales reparar la cámara, algunos que incluso Martín pese a su experiencia como ciclista desconocía. Entonces tomo la cámara y se apresuro en arreglarla, con una naturalidad que hacía pensar que había estado en esta situación más veces que las necesarias. Luego de un breve rato, en donde él la observaba en incomodo silencio, ella sentencio: – Esta lista, solo tienes que inflarla-. Casi groseramente se apresuro en decirle – ¿Te debo algo?-, a lo que ella respondió mirándolo fijamente a los ojos muy seriamente, para luego sonreír de pronto y decirle categóricamente – No, no me debes nada-. Martín no era muy bueno entablando nuevas amistades, pero en esta ocasión, sería memorable si no encontraba una manera alternativa de agradecerle por la acción. – Te invito a un café, si tienes tiempo. Que te parece si vamos a uno que esta aquí a la vuelta, hacen unos pasteles muy buenos, ¿Qué dices?-. Ella lo miro desinteresadamente, vio el pequeño reloj plateado que llevaba en su muñeca y le contesto: – Bueno, ¿por qué no?-. – Me llamo Martín, ¿Tu como te llamas?-. –Camila, Me llamo Camila-.

En cualquier otro momento del día (En la fría mañana, al ir a comprar algo en un negocio cercano, al animarse a buscar la comida china que vendían en *Bustamante*) hubiese sido una incomoda y absurda situación. Sin embargo, al llegar al café y asegurar las bicicletas a un poste precisamente ubicado en la salida, el percance se había convertido en una sorpresa que lo hacía sonreír súbitamente. Era muy poco probable terminar un día jueves de la manera que lo estaba haciendo, más ahí estaba eligiendo una mesa, planeando brevemente cuales serian las palabras indicadas con las cuales iniciar una casual, premeditada y espontanea conversación. – Vamos a la mesa del medio, no me gusta quedar a un lado de las puertas.-dijo Martín, a lo que Camila asintió. Apenas se ubicaron en la mesa, una camarera de camisa blanca y pronunciadas caderas se acerco a darles el menú. Martín pidió un café irlandés (pretendía armarse de valor) y torta de panqueques con naranja. Camila en tanto pidió un Té y una tartaleta de frambuesa.

- ¿No te gusta el café?-. Era una buena pregunta para romper el hielo, -Me encanta el café, solo que no lo tomo con cualquier persona-. Sorprendido, Martín pregunto al instante - ¿A que te

refieres con eso?-. –Para mi tomar café siempre da paso a conversaciones íntimas, es algo casi instintivo. Si tomara café durante el día de seguro sería una persona melancólica y aburrida.- No terminaba de entender lo que Camila le acababa de explicar, probablemente por estar atento a sus largos y definidos dedos que aún tenían rastros de su hábil trabajo con la bicicleta, pero comprendió de inmediato que esta había sido una interesante casualidad. –¿Y que con eso?-. Tras una breve risa, ella le dijo –No voy a regalar mis reflexiones al mundo. Son mías. Si quisiera darlas sería profesora, daría conferencias sobre el ellas, me pararía en medio de la plaza con un megáfono y anunciaría como una predicadora las ideas que se me ocurren... Disculpa, me tomaste por sorpresa, ha sido un largo día-. Martín iba a preguntarle el por qué. Pensó en ahondar en sus dilemas existenciales más profundos, ya que ella había dejado la puerta abierta para ese tema. Pero pensó en las probabilidades: Podría ser un novio (y no es conveniente alertar de su existencia y trabar la dirección de la conversación en un puro sentido), una pelea con su familia (¿y si no tiene?), podría estar en frente de una potencial mujer con severas crisis de pánico y detonar, eventualmente, cualquier tema delicado si hacía una pregunta incorrecta. Entonces pensó en compararse, en contarle de las tediosas llamadas que atendía durante el día. Pero eso era aburrido. Triste y aburrido. Pensó entonces que lo mejor que podía hacer era pensar en un tema aparte, ya que no servía de nada detenerse en las complicaciones de la vida, y era mejor dar una visión optimista. Era necesario que dijera algo pronto, llevaba al menos 30 segundos de un frío silencio que lo único que justificaba era un escape de Camila. Debía ser algo sutil e inteligente, algo que demostrara su sensibilidad, pero que a la vez, lo definiera como un hombre determinado, que no se daba vueltas en cosas pretéritas. 45 segundos, y pareciese que de las orillas de la mesa cayeran témpanos de hielo. – Eh... Todos tenemos largos días-. Que idiota. No pudo si no disimular que vigilaba las bicicletas para dirigir la mirada hacía otra parte, pero cuando se digno a mirarla, noto que contenía la risa. Entonces fue testigo de un frenesí. Parecía que Camila contenía la risa desde hace meses. Tan escandalosa era la situación que hasta la camarera se asomo desde la cocina al pequeño mostrador para asegurarse de que estuviera todo bien. No obstante, era casi dramática la situación, ya que fuera de cualquier control la risa se apoderaba de cada rincón del café. Entre las tazas, los pasteles, lo emparedados de miga. Todo parecía ser absorbido, y la atención plena del café estaba concentrada en la emisión de este sonido. Al fin, cuando apenas pudo controlarse, le dijo – Gracias por todo Martín, tengo que irme- Bebió lo que restaba del te para tragar los restos de tartaleta en su boca, se paro y se dirigió a la salida. Martín dejo un par de billetes sobre la mesa y se apresuro a alcanzarla antes que liberara su bicicleta. – Adonde vas, ¿Puedo acompañarte?-. Camila estaba agachada, y apenas termino de su labor se levanto, y mientras que con una mano dejaba el candado en el canastillo, con la otra tomo la nuca de Martín y le dio un largo beso. No era un beso comprometido ni uno apurado para salir del paso, era un beso perfectamente sincronizado con los compases de una suave melodía que sonaba desde la radio del café. Camila lo dejo, y Martín sonriendo vio como se retiraba del lugar. – Fue un gusto conocerte, adiós.- fue lo último que escucho de aquella dulce y siniestra voz.

Cuando Martín llego a su hogar, se recostó en su cama. Vio un rato como el paso de los autos y sus luces creaban intermitentes figuras a través de sus persianas que se apoderaban del techo de su habitación. Se tocaba los labios. Lógicamente, no podía dejar de pensar en Camila. Pensó en ir a buscarla. Pensó el probar todas las alternativas posibles entre calles y pasajes hasta

encontrarla. Pensó que así podría conocerla. Luego pensó que de haberlo querido, ella se lo hubiese propuesto, pero fue un tierno beso con el cual le dio la libertad de acción. Le había dado la libertad, esa libertad que no tenía. Martín pensó entonces desde hace cuanto no era libre, sometido a la rutina y a la imposibilidad ser otra persona, dando respuestas obvias a problemas comunes. Camila, de un modo muy simple, había roto toda la estructura de Martín. Lo hizo porque cuestiono su trascendencia al retirarse del lugar así sin más. ¿Quién lo recordaría sino como la voz de la sabiduría técnica o una anécdota de café? De pronto había llegado a una sola conclusión lógica: Debía correr el riesgo de renunciar, o verse impregnado del perfume de la mediocridad. Quizá un día incluso llegaría a cumplir lo que se había propuesto en un principio: llenar Santiago de bicicletas, igual como lo hizo con su abuelo en su pueblito antes de irse la ciudad. Y es que desde pequeño siempre le inculco que, por más curioso que suene, un viaje en bicicleta puede hacer la diferencia.

El encantador de Sueños

Cuando llegaba el viento y cruzaba el toro envuelto de poder, se llenaba el corazón de los que lo miraban. Esa era la única manera de satisfacer la necesidad escondida de los dioses de los sueños, pero había un niño cualquiera que tenía ganar de seguir soñando, pero fue en ese momento cuando despertó en su sueño.

—¿Quién eres tú? —dijo curiosamente el niño.

—Soy el encantador de sueños —respondió agradablemente un extraño ser con forma de balón de fútbol.

—¡Pero si tú eres mi pelota de fútbol!

—Así es jovencito —dijo el encantador de sueños mientras salta y embiste al niño.

Fue en ese entonces, cuando el pequeño joven vuela por los aires y golpea su pequeña cabeza contra el suelo de su habitación.

—¡Hijo, que sucede! —dijo la madre preocupada de su pequeño, mientras llegaba corriendo a su habitación.

—Madre, el encantador de sueños me ha botado de la cama —dijo el niño mientras llenaba su habitación de lágrimas.

Inesperadamente aparecieron grandes luces en la habitación del pequeño niño llamado Joseph, iluminando cada rincón de la habitación. Allí se encontraba la pelota de fútbol del pequeño, al lado suyo.

—¡Ves mami, aquí está el encantador de sueños del que te hablo! —dijo después de haber frenado la última lágrima.

—Mi amor, ¿ese es el tal, “encantador de sueños” del que me hablas? —dijo la madre, cuando su vista comenzaba a volver por el extraño resplandor ocurrido—. ¿No es eso una pelota, hijo mío?

Una extraña sensación le llegó a la madre cuando al abrir los ojos totalmente, se encontraba mirando el techo de su habitación, acostada cómodamente mientras apreciaba con sus bellos y claros ojos, la vieja estructura que tanto tiempo ha estado en pie, fue en ese momento cuando fija su mirada en algo totalmente extraño y que sin embargo, sabía que no pertenecía a su habitación, un raro cartel de madera que yacía colgado con pequeñas cadenas en el techo de su habitación, ella que permanecía acostada, intenta leer minuciosamente cada palabra que estaba escrita allí.

—Peligro, todas las estructuras son inestables —alcanzo a leer detalladamente desde la cama. En ese momento cuando escucho un fuerte golpe, y un aterrador grito de su hijo. Ella, en el clímax de la situación, logra despertarse agitadamente para ir en busca de su hijo.

—¡Hijo, que sucede! —dijo la madre preocupada de su pequeño, mientras llegaba corriendo a su habitación.

—Madre, el encantador de sueños me ha botado de la cama —dijo el niño mientras llenaba su

habitación de lágrimas.

Fue en ese entonces cuando aparecieron grandes luces en la habitación del pequeño niño llamado Joseph, iluminando cada rincón de la habitación. Allí se encontraba la pelota de futbol del pequeño, al lado suyo.

—¡Ves mami, aquí está el encantador de sueños del que te hablo! —dijo después de haber frenado la última lágrima.

—¡Mi amor! —dijo la madre, cuando su vista comenzaba a volver y tomaba rápidamente la mano de su hijo—. ¡Nos vamos de aquí!

Allí estaban ellos dos, a varios metros de la casa tomados de la mano, mirando fijamente la casa que ya tan vieja, le pesaban los años, se desmoronaba sin cesar en sus propios ojos. La noche estrellada, iluminaba a la madre e hijo que reflejaban paz y alegría de estar a salvos de ese extraño incidente.

—Gracias, muchas gracias, querido cartel —dijo la madre con mucha paz y sintiéndose algo extraña por darle las gracias a un cartel.

Bueno así termina esta bella historia que amo, donde ha sido la única vez que me han dado las gracias de una forma tan peculiar, es prohibido para nosotros dejar escrito cosas que vivimos, ya que vivimos en el mundo de lo informe, pero me considero un rebelde, así es, me encanta ayudar a las personas, así que no te preocupes si te encuentras soñando con algo que te parezca extraño, porque lo más probable es que nosotros, te estaremos ayudando.

El fanático

Era martes en el tarde, y hoy era el gran día. Llevaba meses planeándolo, pero hoy era el gran día.

Todo comenzó poco antes de perder el trabajo en la panadería. Había sido un día muy productivo, en el cual a petición de doña Helena se había dedicado meticulosamente a amasar marraquetas. Hizo decenas durante la mañana y la tarde, y al terminar su horario se dirigió raudamente a ver el partido de palestino. Si bien no era un partido importante, hace tiempo que no podía disfrutar de la soledad de su incomodo sillón, una báltica fría y un cigarrillo Cerrito recién enrolado. Corría en minuto 19 del segundo tiempo y ganaban 2 a 0, cuando su anticipada llegada arruino el plan. Enfurecida le pidió explicaciones de lo que estaba haciendo, y si bien sabía que tenía que comprar lo suficiente para tener una despensa preparada, había preferido ver el partido y excusarse más tarde. Le dijo que acababa de llegar, le dijo que sus manos cansadas de amasar decenas de marraquetas no soportarían hoy el peso de las bolsas plásticas cuando se hicieran delgadas tiras entre sus palmas, pero fue inútil. Siguieron discutiendo de manera corriente, pero cuando vio de reojo que en el agregado le empataban el partido, supo que ese día cambiaría todo. Discutieron al menos media hora más, hasta que ella tomo su cartera y se apresuro golpear la puerta con todas sus fuerzas para alertar a Gladys, su vecina, que necesitaba su auxilio. Se levanto, sacudió la harina que aun tenía en los pantalones, y tomo una ducha de agua fría para calmarse un poco. Apenas salió del trance se acostó y no tardo mucho en dormirse. Lamentablemente contaba con el insoportable chillido que hacía el colchón al momento que alguien se acostaba, y si bien pensó en cambiar el colchón, decidió que debía asesinarla.

Probablemente no era la decisión más madura, pero luego al perder su trabajo todo se volvió violentamente relativo. La importancia de las cosas había perdido un real sentido desde entonces, exacerbando sus delirios psicopáticos. Las exigencias cada vez más insoportables de ella lo hacían ansiar la fecha que había previsto aquella noche: 16 de enero. Había considerado hacerlo en medio del año, pero el edificio en el que vivía tenía un maldito eco en su piso que lo delataría inmediatamente. Contaba con que su vecina no estarían en esa fecha, por que Gladys presumía cada vez que podía que viajaría a pasar las fiestas donde su hijo Ricardo, quien vivía en pueblito cerca de Sao Pablo, para disfrutar luego de las playas durante todo el mes siguiente, y si tenía suerte, de algún mulato desesperado que aceptara el desafío (Conocía a Gladys desde la adolescencia y nunca fue muy pretendida que digamos, por lo que era bastante entregada a la suerte). De los demás vecinos no se preocupaba. Vivía en unos antiguos departamentos de hormigón armado que contenían el ruido de manera impecable en caso de algún inconveniente.

Comenzó entonces la logística de la operación. Decidió que resolvería el método espontáneamente, pero por la misma razón, se armaría de todos los elementos necesarios para no dejar ningún tipo de rastro en el departamento. Fue así como durante los meses de cesantía que transcurrieron hasta la fecha indicada, invirtió todos sus ahorros en nuevas alfombras, pinturas y muebles. Incluso debió vender la vieja *citroneta* que su tío Emilio le había regalado el día de su matrimonio. Fue un trabajo complejo, ya que tuvo que justificar sus acciones a ella, diciéndole que se trataba de una remodelación, que estaba aburrido de mirar

las mismas opacas paredes cada día. Ella lo contemplaba estupefacta. Le sorprendía que él, quien antes ni siquiera se levantaba del sillón a hacer las compras, de pronto se interesara tan profundamente en una tarea tan dedicada. Ni sospechaba lo que le esperaba.

Era martes en el tarde, y hoy era el gran día. Llevaba meses planeándolo, pero hoy era el gran día. La esperaba en el mismo incomodo sillón en donde comenzó todo, en la penumbra, al fondo del living-comedor. Se impacientaba, estaba atrasada y eso no era muy frecuente en ella. Llego a pensar que un torpe chofer le había quitado su posibilidad, hasta que de pronto sintió las llaves. El inconfundible sonido de un pequeño peluche chino que decía "I love you" la delataba cada vez que sacaba las llaves de su cartera. Abrió la puerta, en inmediate se fijo que en sus manos llevaba bolsas de una multitienda. Dejo los bultos en la mesa, y se apresuro a prender la luz. Se había oscurecido y las cortinas nuevas no permitían el paso del alumbrado público.

¡Pablo que haces ahí!, me asustaste.- Le dijo ella en total ignorancia.

Te estaba esperando.- Le dijo, no pudo evitar demostrar su ansiedad.

Que bueno, por que te traje algo. Te has portado tan bien últimamente, y yo que había sido tan pesada contigo que me daba lata. Estaba pensando en recompensarte así que toma.

Desde una de las bolsas saco una camiseta tricolor, era la nueva camiseta de su querido Palestino. Tenía las estrellas del 55` y el 78` sobre su emblema. Nunca antes las había visto brillar tanto. En la espalda tenía estampado el numero 5 de Don Elías. Era simplemente hermosa, no sabía que pensar.

Disculpa el atraso, me costo encontrarla. No quiero que peleemos más, menos en una casa tan linda como esta.- Fue lo que ella dijo, con una brutal dulzura.

Él la miro desconcertado pensando en su plan. No entendía como llego a tan absurda situación, si era ella quien siempre fue su amante y confidente, y más profundamente la razón de levantarse aún en sus peores días. Con la camiseta ya en sus manos, la abrazo tan fuerte como nunca la había abrazado. Recordó de pronto por que la había elegido a ella aquella vez que la vio en marquesina en el estadio de la Cisterna, mientras saltaba con unos amigos en los viejos tablones, repartiendo lo que les quedaba de voz después de un gol en el ultimo minuto que les daba el triunfo en un clásico de colonias contra la Unión Española.

Nunca más mi Chascona.- Se dio una pausa para dar un largo suspiro, mientras, recorrió detenidamente su sonrisa.- ¡Ya! vamos a ver si la señora Helena todavía tiene abierto y nos compramos unos mendocinos, tengo ganas de una once rica. Hay que celebrar, este día lo estaba esperando-.

El gran carrete

La fiesta estaba en su clímax. Ella había llegado hace muy poco al lugar. Sin conocido alguno que la guiase, simplemente fue hasta la barra y pidió un trago. Ya había estado antes en fiestas donde la cosa estaba distorsionada, pero a pesar de todos los pitos que pudo haber fumado o todas las líneas que se jaló alguna vez, ésta era la primera vez que veía que todos los presentes, a excepción de ella, eran esqueletos. De todos modos ella no estaba asustada, para nada. Ya con un roncola en mano esperó apaciblemente. La música estaba fuerte, era alegre y muy contemporánea. Los huesudos bailaban sin importar la falta de cartílago, e incluso daba la impresión que de haber tenido carne en sus cuerpos, todos estarían con una cara de éxtasis tremenda. La cosa estaba espectacular.

Varios le ofrecieron salir a bailar, pero sólo aceptó a los dos últimos galanes. Si bien nada del ambiente le extrañaba como para no salir a disfrutar, no fue hasta la llegada de esos dos que estuvo entonada con los tragos. En la fiesta sonaba todo tipo de música y la gente gozaba con todo cualquier estilo de baile, así que tuvo para regodearse todo cuanto quiso. Así duró por lo menos a lo largo de dos horas. Una vez que se cansó volvió a la barra. Entonces sumó a su organismo un cuarto vaso de ron y un tercero de pisco. Según ella estaba “en su punto”.

Uno de los esqueletos que había se le acercó y empezó a hablarle. Ella estaba ahora un poco más que entonada por el licor, pero aun así tuvo la impresión de haber oído con exactitud lo que quiso decir su nuevo acompañante. Poco después que éste se alejara, todo el copete que se había tomado rápidamente bajó y lo sintió en todo su esplendor, por lo que todo le daba vueltas en la cabeza, menos lo que le habían ido a decir –aunque en ese estado le habría dado importancia a pocas cosas, en realidad- .

No alcanzó a terminar su siguiente trago cuando alguien se le fue a insinuar. Normalmente no habría cedido, al menos con tanta facilidad e independiente de cuántos atributos varoniles usasen en su contra, ante un hombre que la invitara a violarse mutuamente, pero había llegado a tal punto de inhibición que simplemente le dio la pasada.

Subieron al segundo piso del local, donde había una serie de habitaciones a lo largo de dos profundos pasillos. Finalmente lograron dar con una habitación sin estar ocupada. Una vez cerrada la puerta, ambos empezaron a entrar en calor. Si bien este puro hueso no poseía carne, se comportó como todo un semental. Empezó jugando dentro de ella con sus delgados dedos. Se centró en lograr que ella sintiese todo el placer que pudiera. Pronto comenzó a subir esporádicamente de tono la cosa. Entonces éste se arrancó una costilla y la usó a modo de miembro viril. Ella se lo tomó como algo bastante ingenioso y gracioso a la vez. La cosa continuó así durante un buen rato; a veces dominando él y otras mandando ella. Aunque su entretención no tenía ni un gramo de carne, igualmente lograron terminar ambos.

Cuando ambos quedaron ya tirados en la cama y exhaustos, ella agarró un cigarro y se lo fumó lentamente. Lo que había tomado lo seguía teniendo encima y aún surtía efecto sobre su cuerpo, por lo que el pucho se sintió más rico que lo normal. Sólo entonces entró en sinapsis y se cuestionó lo que le dijo el otro cuerpo cuando estaba en la barra.

-¿A qué se refería lo que dijo ese otro tipo?.

-A eso mismo. Esta es tu fiesta. Sólo para ti. Lo importante era que lo pasases estupendo.

-¿Por qué?

-¿Alguna vez oíste hablar de la luz al final del túnel?

-Sí. Muchas.

-Bueno, pues ésas son mentiras. Éste es el verdadero paso que hay a la muerte. Te despiden del mundo con un gran carrete organizado por los ya idos.

El mar de la vida

Todos al nacer caemos en un mar rodeado de cerros y montañas.

Algunas más cerca que otras y otras más altas que algunas.

En el mar del conocimiento nací, nadando y buscando que dirección tomar.

No lograba ver todo muy claro, pues había mucha niebla por todos lados, y algunos que habían caído conmigo se rehusaban a nadar y flotaban a la deriva.

La niebla me dejaba ver solo algunas colinas, y en ellas, voces que me llamaban para llegar salvo a tierra firme.

Nadé hasta la colina más cercana y vi ahí a un millón de personas.

Era una colina que abarcaba gran parte del mar y que nos mantenía a salvo de las olas, pero no nos dejaba ver que había más allá.

Me sentía cómodo y grato, hice de varios amigos y a veces susurrábamos en voz alta sobre la gente de las montañas. ¿Para qué estar ahí, si aquí hay gente, fiesta, comida y no necesitamos más paisaje que el que creamos nosotros mismos? A veces después de la lluvia los rayos del sol traspasaban la niebla.

Así pase mucho tiempo, hasta que un día el mar tocó mis pies y por un segundo, niebla en mis ojos ya no pude ver. ¿Qué hacían ellos en las montañas? ¿Porque aún seguían ahí?

Eran las dudas que el abrir los ojos generó en mí.

Una noche me lancé al mar y nadé hasta una colina más alta donde había personas que llamaban mi nombre. Ahí la gente me recibió bien y hablaban otro idioma.

Me costó entenderlo al principio, pero con el tiempo lo logré.

Era gente cálida y amable.

Y dentro del paisaje, logré divisar, entre la colina en que estaba antes, mas montañas entremedio de la niebla que cubría el mar.

El cielo ya se dejaba ver y me sentía mejor.

Podía ver las colinas que estaban abajo y la niebla ya casi no era un problema.

Y así pasé unos días hasta que volví a tocar el mar.

¿Qué había en las otras montañas? ¿Hasta dónde podrían llegar?

Al agua nuevamente me fui a lanzar. La gente que me había recibido me intentó parar, pero con paz les dije que algún día los volvería a ver desde más alto, y que desde ahí a ellos los iría a llamar.

Nadé hasta otra montaña donde nuevas personas me llamaban.

Así seguí de montaña en montaña y de idioma en idioma, una más alta que otra y cada vez menos gente, pero con corazón más puro e idioma más perfecto.

El paisaje ya era claro y podía ver todo el camino que había recorrido y pude entender mejor porque había gente que estaba aquí y porque los otros aún seguían ahí.

No más un día logré ver, entremedio de más cimas y de la niebla que quedaba en el aire, otra montaña a lo lejos, pero era distinta, su cima era blanca, pura, y me alegré. Sentía que existía algo más y de nuevo al agua me lancé...

Y aquí estoy, nadando entre cerros y montañas, visitando cada lugar y a cada persona, para entender y descansar, con la certeza de que algún día voy a poder llegar a ese lugar.

chico ni ibai a permitir que se lo lleven a un centro de adopción o alguna de esas weas raras y turbias, así que asume que estai vivo gracias al hermano de ese cabro chico, y más que deberle un favor porque te salvó, le debí toda una vida de amistad compañero...

-Alo, el Queno.

-Buena Quenito, como va compañero, tantas lunas que no se de ti. Cómo está la fa...- cuando iba a terminar la frase, es interrumpido por el personaje que se encuentra en la otra línea del teléfono

- Puta conejo, estoy corto de tiempo, feliz hablaría contigo compadre, pero tengo que decirte la wea que conseguí. Tengo un grabado de un pintor famoso, y estoy casi seguro que es real. Lo revisé, y no tiene márgenes, es tinta real, y eso po, tú conocí gente que puede verificarlo, así que llámame y te lo llevo a tú casa cuando querai.- cortó, se dirigió al living y se sentó con la pipa encendida en su boca.

- Puta que es rico fumarse un pito después de un día agotador y de hablar con un weon latero-dijo y prendió la tele.

Al hacer un zapping por más de 80 canales, dejó las noticias que empezaban a las 9. Vio que la Kenita Larrain tuvo un romance con el animador del festival, y este estaba casado, entonces una “opinologa” defendía al hombre casado y decía que la Kenita era una puta, que cómo se metía con él hombre casado, y la Kenita escribió un twitter o twenty o tweet de que iba a demandar a la “opinologa” por daño a su imagen. En parte por la estupidez de la noticia, y también por estar voladisimo, Queno agarró el control y lo lanzó contra la Tele. Al rebotar en ella y tras un agudo sonido cómo si hubiera interferencia en el decodificador de la tele, cayó al suelo y se sintonizó otro canal de noticias. “Asfalto en el barrio alto” decía el enunciado de la tele. – Puta que son inútiles en este país – pensó nuevamente. Entre el desagradable zumbido cómo de interferencia que salía de la Tele, escuchó que se habían robado un cuadro de evaluado en 1 millon de dólares. Sorprendido, agudizo los oídos y miró con mayor determinación. – yo conozco esa casa. Ese es el viejo que le pegó el cabro chico, chucha que le pego fuerte. – pensó tras ver la frente muy hinchada. En la pantalla chica salió un retrato de uno de los asaltantes, tenía mohicano y se parecía mucho al cabro chico. Queno se asustó. Después empezaron a dar el deporte y se distrajo. Cayó dormido. Soñó que el diablo se le acercaba. Lo convertía en una prostituta sensual. Le gustaba ser mujer, y también ser prostituta. Era un trabajo libre se decía mientras entraba y salía de autos lujosos. La llevaron a un hotel. Estaba con un viejo. El viejo pidió una suitt matrimonial para dos, y le entregó un fajo de billetes al portaequipajes. El portaequipajes lo miró con extrañeza, solamente llevaba en sus manos la chaqueta del señor. Queno miró al viejo con una sonrisa pícara, este le susurró al oído que para ella habría más todavía, dejando un espeso aroma de alcohol y cigarros. Subieron a la suitt matrimonial. El viejo se arrojó en la cama con la camisa abierta dejando ver entre los botones una gran guata. Queno se sacaba su vestido negro escotado de una pieza sensualmente. El viejo babeaba. En la puerta se sintieron fuertes golpes. Queno se sobresaltó. Los golpes se volvieron más violentos. Y más. Y más. Despertó sobresaltado. Golpeaban la puerta de su casa. Caminó procurando hacer el menor ruido hacía una ventana que estaba ubicada en la cocina y permitía ver quien golpeaba. Era alguien vestido de cuero negro,

completamente rapado. La mirada del hombre se volvió rápidamente hacia la cocina. –
Queno soy yo- dijo. –Ábreme, ya me corté el pelo.- Estaba muy nervioso.

_____ \$\$\$\$\$\$\$\$\$\$ _____
_____ d\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$b _____
_____ \$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$ _____
_____ 4\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$F _____
_____ 4\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$\$F _____
_____ \$\$\$\$" _ "\$\$\$\$" _ "\$\$\$\$" _____
_____ \$\$F _ 4\$\$F _ 4\$\$ _____
_____ 'F _ 4\$\$F _ 4\$" _____
_____ \$\$ _ \$\$\$\$ _ \$P _____
_____ 4\$\$\$\$\$"^\$\$\$\$\$% _____
_____ \$\$\$\$F _ 4\$\$\$\$ _____
_____ "\$\$\$ee\$\$\$\$" _____
_____ . *\$\$\$\$F4 _____
_____ \$ _____ . \$ _____
_____ "\$\$\$\$\$\$" _____
_____ ^\$\$\$\$ _____

-Pendejo, me teniai preocupado. Saliste en las noticias. Nos van a pillar, hay que escaparse de
acá, te dije que la cagaste sacándote el gorro, pero no me hiciste caso, ahora si te pillan a vo,
cago yo, así que nos vamos a ir a Iquique rápido. ¿Qué te pasa? ¿Estay drogado weón? ¿Por
qué estai transpirando? ¡Hablame weono!

La puerta se abrió agresivamente y entraron policías armados. Queno estaba muy
sobresaltado, miró al cabro chico, y este evitó su mirada. No entendía nada, y fue arrastrado
agresivamente hacia el interior de un retén-móvil.

Eugenio Sebastián Izquierdo Sotomayor. Tiene 6 cargos en su contra por robo con intimidación
y violencia. 2 Cargos por posesión de drogas y un cargo por el asesinato de Tomás Céntimo.
¿Quiere agregar algo?

¡Yo no maté a Tomas Céntimo! ¡Él era un gran amigo! Por otro lado, quiero dar gracias por
estar aquí, ya que pude haber matado a Felipe. Lo he llevado por el mal camino, tiene sólo 15
años y ya ha robado, golpeado y probado de todo, siendo que le prometí a Tomás, mi gran
amigo que en paz descanse, que lo iba a cuidar. Así que si debo comparecer ante esta corte,
que así sea, pero pido por favor su señoría, que no apresen a Felipe, prometo cooperar en
todas las investigaciones que realicen, y puedo dar información muy importante, todo con tal
que no le sigan haciendo daño a la vida de este pobre chico, que ya mucho ha sufrido.

¡ entonces 25 años! Se levanta la sesión!

_4\$\$c_____ "" _____.\$\$r_
_ ^\$\$\$\$b_____ e\$\$\$\$" _
_ d\$\$\$\$\$e_____ z\$\$\$\$\$b _
4\$\$\$*\$\$\$\$\$c_____.\$\$\$\$\$*\$\$\$\$r

_" "" ^*\$\$\$be\$\$\$*" ^" _
_ "\$\$\$" _
_ .d\$\$P\$\$\$b _
_ d\$\$P ^\$\$\$b _
_ .ed\$\$\$" "\$\$\$be. _
_ \$\$\$\$\$P \$\$\$\$\$\$ _

El vaivén

Ver la cabeza de ese condenado caer, en línea recta al suelo, simplemente caer, sin usar su derecho de zigzaguear o resistir en su posición inicial, simplemente caer, con decisión, de golpe, con expresión sorprendida y aburrída, caer sin usar su derecho de rodar por las tablas del suelo o de balancearse, simplemente caía, quieta, lenta, decidida.

Yo miraba a mi amo y él me miraba con aprobación, con orgullo, quizás con asco, pero me miraba. Era el único momento en que me miraba, el único momento en que me sentía como él, a su altura, y luego él se iba, y tras él, mis ilusiones de recibir esa mirada libre de juicios y aprobadora nuevamente.

Después de un día de trabajo me iba a mi casa, nunca miré a nadie a los ojos camino a ella, cada persona me veía con prejuicio, con sed de venganza, con ira, con resentimiento revuelto con rencor.

Café oscuro, manchas rojas teñidas amargamente de negro, cordón derecho desgastado, el izquierdo distinto, delgado. Sólo miraba mis zapatos mientras caminaba entre la gente, me gustaba imaginar que era zapatero y yo los había hecho, o por lo menos imaginar que esas manchas eran de pintura.

Ahí estaba ella, después de un camino eterno a casa, libre de prejuicios, comprensiva, agradecida.

Me recibía con un beso y me limpiaba la sangre de la ropa mientras me contaba las historias de la prima promiscua de la hija de la vecina, yo comía callado, agradecido, aliviado de estar una vez más junto a ella.

Mi mujer lavaba mi plato mientras yo me bañaba, calentaba la cama mientras yo me cambiaba, y más valioso que nada, ella me hacía dormir y me consolaba las treinta y cuatro veces que me despertaba de golpe durante la noche.

En la mañana me despertaba con un beso y me despedía con otro.

-Que tengas un buen día- Me decía forzosa, casi irónica.

-No me jodas- Le respondía resentido.

Ella bajaba la mirada, yo bajaba la escalera que cada día me separaba de ella y la abrazaba, le pedía perdón y lloraba en su hombro.

Ella me entendía, un verdugo no puede nunca tener un buen día, porque de ser así, dejaría trabajar por comida, lo haría por placer. Dejaría de ser verdugo, sería un asesino.

Ella me abrazaba, sabía que mientras tuviera malos días sería una persona íntegra, en cambio, cuando fuera feliz y tuviera un buen día, sería un enfermo.

Elisa

Intentando escalar... así perdió los primeros 10 años de su vida, sus pequeñas manos se aferraban a la corteza fuertemente y sus pies se perdían en cada recoveco, no temía caer pues estaba firmemente asegurada por infinitos hilos invisibles a cada célula del árbol. Sin poder ver ni escuchar se perdía en infinitos sueños día y noche y no importaba si dudaba (lo cual hacía a menudo) o si retrocedía unos centímetros, estaba segura.

Aún puede recordar la vibración de cada nota en la punta de sus dedos, la risa en sus brazos, la calidez incondicional de quien jamás la abandonaría ni dejaría caer, brillabas lejos en el cielo pero con tus abrazos tan poderosos no necesitaba verte ni oírte para percibirte en su cuerpo. No era necesario, jamás lo fue, podía vivir en su oscuridad eterna, no necesitaba escuchar nada, sólo sentir, dejar que la llevara el viento sobre una hoja rugosa... donde fuera te podía sentir y para ella eso era suficiente.

Quien esperaría que cuando los hilos dejaran de atarla al cuerpo del árbol y por fin empezara a ver, el brillo del sol no fuera emocionante o que las vibraciones en la punta de sus dedos se convirtieran en ruidos ensordecedores. Así cuando dejaste de brillar todo se convirtió en una oscuridad a ojos abiertos. Ya no podía escalar... ni sus brazos podían ayudarla. Cuando caía una hoja desde lo alto e intentaba volar nuevamente sobre esa cuna áspera... el viento ya no soplaba.

Maldecía el día en que te apagaste allá en el cielo, porque no sentía tus abrazos, porque desapareció su seguridad, porque el viento ya no soplaba, porque todo se vino abajo, pero no podía volver a donde empezó 10 años atrás. El viento ya no la llevaba suavemente de la mano a pasear por los aires hasta llegar a alguna rama perdida, ahora la llevaba directamente hasta la tierra a los pies del árbol, azotaba su pequeño cuerpo contra el piso, sin que nadie hiciera algo para detenerlo...sin que nadie estirase su brazo. El barro entre las hojas la disolvía poco a poco, sin que pudiera mover los brazos ni las piernas... el agua golpeaba sus mejillas y miles de manos intentaban ahogarla dentro de la tierra y justo ahora que podía ver y que tenía el escenario perfecto justo frente a sus ojos se perdería de observar ese cielo donde siempre supo que estabas, a pesar de que te podía sentir a su lado.

Cerró sus ojos y esperó respirando tranquilamente 13 veces a que dejara de sentir... pero se trazó en sus manos un pequeño cosquilleo y los brazos que la ahogaban desaparecieron, abrió los ojos y en el cielo brillaban miles de pequeños diamantes... la música que hacían era perfecta. Ya no necesitaba seguir escalando ni buscando en la copa de los árboles. Miles de hilos infinitos nacían de las luces en el cielo y ataban su cuerpo, estaba sumergida en calidez donde fuera que caminara, soplara el viento o no, o si la abandonaban cuando más lo necesitara, ya no estaba sola, escalara o bajara precipicios, soñara despierta o dormida, fuera ella o algo más.

Ahora te podía ver en cada estrella que brilla en el cielo, te puede escuchar cuando alguien más ríe y te siente cada vez que cierra sus ojos.

En las páginas de Compostela

Felipe cargaba con esfuerzo en una de sus manos el paquete que tenía asignado. Eran alrededor de las 10 am y llovía mucho. Le resultaba extraño que algo no más alto que una lámpara de velador pudiese pesar tanto. Aunque sabía que estaba en el lugar correcto, leyó para sí en voz alta y de manera pausada la dirección que se detallaba en la etiqueta: “Avenida Franco número 247, departamento 4, Santiago de Compostela, España. Familia Rodríguez-Salgado. Entrega delicada e inmediata”. Era su nuevo trabajo en la empresa de correos “España en la Hora” y estaría a prueba durante unos días. Cada entrega lo juzgaría como futuro empleado a los ojos de sus superiores y no podía cometer errores si deseaba mantener su lugar, pues en estos tiempos de crisis, conseguir un trabajo para alguien con sus escasos estudios, era tan complejo como no perderlo, porque la economía se comportaba como una montaña rusa para toda la sociedad. Nadie estaba a salvo de la cesantía.

El número 247 de la Avenida Franco tenía algo diferente, pero Felipe no era capaz de explicárselo con la lógica que lo caracterizaba. Por cada paso que lo acercaba a la puerta del lugar, una incomodidad le susurraba al oído, embelesándolo. El edificio estaba deteriorado, de eso no tenía dudas, porque las grietas en las paredes y el desgaste de la pintura eran evidentes. Algo oscuro y negativo emanaba de la fachada, invitándolo a pasar. Felipe cerró sus ojos y apretó fuertemente con su mano derecha la Concha de Vieira (símbolo del peregrino del Camino de Santiago de Compostela que otrora sirvió para beber agua de los ríos Gallegos) que siempre colgaba de su cuello y siguió adelante, como si de alguna manera aquello lo reconfortara.

No alcanzó a llamar al departamento a través del timbre, cuando una voz grave e impetuosa se le presentó a través del parlante: “Quédate ahí mismo, enseguida bajo”. Felipe, de manera entrecortada, respondió afirmativamente a lo que consideró que fue un primer contacto frío y autoritario. Sólo tuvo que esperar unos minutos para estar frente al destinatario, pero el inusual lugar le hizo sentir que estaba en otra realidad, prolongando así su incomodidad y extenuación. El segundo contacto no fue diferente. El misterioso hombre era alto, superándolo por casi dos cabezas, tenía un semblante penetrante y furioso, sus ojos parecían los de un trastornado y su descuidado cabello y aspecto en general, lo alejaban significativamente de la cordura. Felipe rápidamente se presentó y le entregó su paquete. Éste no pronunció una palabra, ni siquiera para agradecerle y se concentró en revisar el contenido dándole la espalda. Transcurrieron cerca de dos minutos hasta que el hombre levantó su mirada y se giró, diciéndole con desagrado y frustración, que no era lo que esperaba, que alguien había cometido un error. Felipe sintió que un escalofrío recorría como una locomotora sin frenos su médula. Tenía miedo. En cambio, con más rabia que decepción, el hombre le devolvió bruscamente el paquete, preguntándole qué había sucedido. Felipe no alcanzó a reaccionar. Estaba muy asustado y desconcertado para responder. Al principio sólo fue capaz de balbucear su incompreensión, porque aquel hombre lo intimidaba de sobremanera. Finalmente, encontrando un valor en su interior desconocido para él hasta ese minuto, le dijo con fuerza y respeto que regresaría inmediatamente a la central para tratar el problema con su jefe.

Tras inhalar profundamente, sintiendo como el aire lo relajaba, y permitir que la lluvia limpiara su rostro del fastidio, entró al auto y se dirigió a la central. El día laboral comenzaba mal,

porque este problema lo retrasaría mucho con el resto de los despachos. Estaba angustiado, ya que había cometido un error. Llegó a pensar que podían despedirlo. El interior del paquete aún era un misterio para él.

Su jefe fue comprensivo y le aseguró que estos inconvenientes suceden más de lo que les gustaría en la empresa, incluso en el rubro de la mensajería y que por supuesto no era su culpa. Asimismo, le dijo que si nadie reclamaba el paquete en las próximas 24 horas, podría quedárselo. Felipe sintió que la angustia que se alojaba en su pecho desaparecía paulatinamente. Tras aclarar todo, continuó con su día.

A la mañana siguiente se dirigió a la central. En su mente sólo revoloteaba como una idea en plena ebullición el poder adueñarse del paquete, porque creía firmemente que algo especial se escondía en su interior. La ansiedad era tal, que al llegar fue directamente a la oficina de su jefe para confirmar lo que le había dicho sobre las 24 horas. Éste, bastante sorprendido, pero muy ocupado como para averiguar sus intenciones, le otorgó la autorización para llevarse consigo la encomienda. Sin pensarlo dos veces, Felipe se encerró en un pequeño despacho para revisar su nueva adquisición. Y con la emoción de un niño que abre sus regalos en navidad, descubrió con júbilo un conjunto de diarios gallegos de los años 60". Estaba maravillado.

Felipe se consideraba un coleccionista aficionado de antigüedades y baratijas. La única estantería en su departamento de soltero estaba repleta de enciclopedias añejas y polvorientas. Algunas se remontaban a principios de siglo.

De regreso en su departamento, cerró apresuradamente todas las cortinas de la sala y las puertas de las habitaciones, y encendió sólo una luz que apuntaba al espacio donde se encontraba el sofá para crear así el ambiente idóneo de lectura. No quería que nada lo distrajera. Todo estaría a oscuras, excepto él y su reliquia. Sentía que aquellas páginas noticiosas merecían ser tratadas con cariño e intimidad. Estando ya todo preparado, dispuso los diarios con delicadeza a su lado, tomó unos anteojos y ajustó su espalada en el cojín. El primero que revisó era de un viernes 19 de junio de 1962, en blanco y negro, elegante y con un nombre muy sugerente: *La Navaja de Santiago* - "*Relatos Policiales*". Inmediatamente su atención se disparó con la velocidad de una bala y ya no pudo dar marcha atrás a sus intenciones. Aquella página lo había cautivado por completo y como no sabía nada respecto a diarios antiguos, la emoción fue todavía más poderosa. La primera de las crónicas se titulaba: "El escudo de Vieira". Ésta explicaba con un estilo novelístico los detalles de una historia inusual. Los párrafos que lo mantuvieron absorto fueron los siguientes:

"Mientras era amenazado con la pistola en su rostro, aseguré sentirse completamente aterrado, congelado y desprotegido. Además, recuerda a su captor darse vuelta y alejarse unos metros, para luego girar y mirarlo a los ojos fijamente. Aunque no pudo verlo porque su rostro se refugiaba tras una capucha café, lo sintió. Después de aquello, un ruido ensordecedor convirtió su vida al negro"...

"Sólo escuchaba leves ruidos y voces. Nada tenía sentido, hasta que de golpe mis ojos se abrieron y me incorporé bruscamente a la vida. No sabía qué había sucedido, porque mis recuerdos estaban borrosos desde el disparo. Sin embargo, y una vez que recupere la

compostura, uno de los agentes de policía me explicó que la bala impactó mayormente en la Concha de Vieira que se encontraba en el bolsillo de mi camisa. Además, me dijo que el acero del que estaba hecha y el bajo calibre del arma, me protegieron de una muerte segura”....

De todas las crónicas que revisó esa noche, aquella fue la que más le gustó. Al principio, el hecho de ser también un portador de la Concha de Vieira, le pareció motivo suficiente para crear un vínculo especial con la sorprendente historia y su protagonista. No obstante, y porque no estaba del todo satisfecho con esta explicación, se otorgó el tiempo necesario para profundizar. Quería desarrollar un razonamiento, conseguir algo coherente y complejo, y no una respuesta en base a una simple coincidencia de accesorios gallegos, por lo que decidió leer por segunda vez la crónica. Mientras lo hacía, sintió como su mente se identificaba con cada palabra e idea, generando en su interior, el poderoso e inusual pensamiento de que lo escrito le pertenecía absolutamente, incluso más, que las sensaciones del protagonista eran las suyas. Algo no estaba bien, pero era tarde para averiguarlo. Cerró el diario, sacudió su cabeza y dejó que lo sucedido se perdiera en sus sueños.

Llegó temprano a la oficina para despejar su cabeza, porque la historia no lo había dejado dormir como de costumbre. Mientras abría su casillero para guardar su ropa y ponerse el uniforme, su jefe lo mandó a llamar, recibiendo una magnífica noticia de su parte: Estaba contratado como nuevo mensajero y con un sueldo que le permitiría dejar de vivir de la mesada que le otorgaba su madre todos los meses. Volvía a ser independiente.

Se dirigió a repartir los encargos del día. El último lo llevó casi a los límites de la ciudad. La dirección que buscaba estaba a un costado del depósito de chatarra y a unos minutos a pie de la antigua estación de trenes. El lugar era conocido por las viviendas de Okupas y los drogadictos. Los últimos aprovechaban los alrededores para vender y consumir marihuana, porque la policía monitoreaba la zona con muy poca frecuencia. Decidió estacionarse en un sector seguro y caminar. Faltando muy poco para llegar un hombre lo detuvo. Era bajo, vestía de forma desordenada y su rostro se ocultaba tras la capucha café de su chaqueta. Creyó que le pediría una limosna, pero éste se aprovechó rápidamente de su ingenuidad para empujarlo contra una pared y mostrarle la pistola que llevaba. Felipe dejó caer el paquete y el temor se apoderó de todo su cuerpo. Sus extremidades no respondían. El extraño sujeto le pidió que le entregase todo lo que tenía en la billetera, pero Felipe estaba congelado de miedo y no podía hacerlo, lo que enfureció al hombre y lo obligó a tomarlo con fuerza por los hombros y remecerlo para que entendiera. En ese brusco movimiento se reveló accidentalmente la Concha de Vieira de Felipe. Lo que sucedió después fue como un milagro, porque el hombre dejó de agredirlo sin razón aparente, se alejó unos pasos y reveló su cara. Felipe recuperó el aliento y tomó el paquete del suelo, para luego darse cuenta que el sujeto estaba llorando. Era una situación incongruente, porque si alguien tenía que desahogarse debía ser él y no su atacante, pero sintió empatía y lo abrazó. No le dijo nada para consolarlo. Finalmente, recibió las gracias junto a la explicación que necesitaba para comprender el altercado: “Lo siento mucho, de verdad, estaba descontrolado y a punto de realizar una estupidez contigo. Esa concha en tu cuello me recordó algo que perdí tras la muerte de mi mujer e hijos, lo siento amigo, tu no tienes la culpa de nada de lo que hoy pasó”.

Felipe estaba seguro que a diferencia de lo que sucedió en su departamento aquella noche cuando decidió restarle importancia a lo leído, no podía dejar pasar esta nueva situación. En ese momento y sin previo aviso, su cabeza le estaba mostrando las coincidencias y relaciones de los hechos, dibujándole el extraño e inexplicable paisaje que estaba protagonizando desde el primer despacho como empleado de la empresa de correos. No comprendía a la perfección el origen de las rarezas y desagrados que había vivido, pero los diarios podían tener alguna conexión para él. Su parte racional lo frenaba para hacer algo impulsivo y no era capaz de concebir que unas casualidades y situaciones a todas luces anormales, que además podían pasarle a cualquiera, lo tuvieran preocupado. Pensó que el estrés y la presión que había acumulado desde que perdió su anterior trabajo, lo tenían con los nervios de punta e imaginando cosas, porque construir un misterio sin que en realidad lo hubiera, no era propio de él. A pesar de esto, su intuición le decía otra cosa.

En parte había sido un día para olvidar, por lo que decidió relajarse en su sillón encendiendo un cigarro, pero lamentablemente tuvo que levantarse para contestar el citófono que se encontraba en la cocina, por lo que dejó su vicio junto a los diarios; los posibles causantes de su discordia mental. El conserje del edificio necesitaba ponerlo al tanto de las próximas reparaciones en las cañerías. De pronto, y en medio de las explicaciones de Miguel, un olor a quemado lo separó de la conversación para situarlo de nuevo en la sala, y ver como solamente los diarios ardían ferozmente. Regresó a la cocina y lo más rápido que pudo llenó un jarrón con agua que vertió directamente sobre el fuego. Necesitó repetir la operación un par de veces para suprimir las llamas. Tras el percance, y quedando algo de humo en la casa, pudo observar con tristeza que ni siquiera una página se había salvado. No tenía una explicación para esto y menos para lo siguiente: Tal y como los diarios se consumieron para siempre, su vida recibía en ese instante un golpe igual de mortal, porque su jefe lo despedía por teléfono de la empresa por la necesidad de reducir personal para afrontar la crisis económica del país.

Otra pieza para su colección

Señor Felipe Alfredo Rojas Castillo - dijo el juez con voz imponente mientras miraba su hoja - imputado por violación a 39 mujeres y por reiterados de robo con intimidación, el Ministerio Público solicita 15 años y un día por cada acusación.

El acusado ¿cómo se declara? - levantó entonces la vista y la fijó en Felipe Rojas.

Inocente de ambos cargos - respondió él con los brazos cruzados sobre su pecho.

Tenía sólo 10 años, su padre lo había dejado y su madre no hacía otra cosa que pasar tiempo con las amigas, hermanas y cuñadas. Ni un solo hombre porque desde que la habían dejado no soportaba estar con ellos y quería dejar en claro que no necesitaba a ninguno.

Felipe la acompañaba a todos lados y miraba con fascinación cómo se arreglaban, pintaban, cambiaban de ropa; tantas diferentes formas y colores de ropa interior, con flores, lisos, negros, azulados, grandes, bien pequeños y, sus favoritos, esos de tela transparente que marcaba de forma perfecta la figura de cada una.

Fue después de un almuerzo en verano, cuando el montón de mujeres decidió irse por una semana a la casa en Pichilemu que una de ellas tenía. Por supuesto, José tenía que ir también.

¡Dichoso entre todas las mujeres! - solían bromear ellas.

Partieron al día siguiente y cuando llegaron comenzaron a ordenar todo hasta que no dieron más y quisieron ir a relajarse a la playa para aprovechar los últimos rayos de sol del día.

Mamá, no quiero ir. Siempre hablan cosas que no entiendo y se ríen mucho, es molesto ¿me puedo quedar acá? Voy a ver tele y nada más - Felipe estaba inquieto.

Eres una guagua todavía, no te puedes quedar solo - su madre le sonrió con ternura mientras ponía una mano sobre su mejilla.

¡No soy una guagua! - miró al piso e hizo como que lloraba.

Bueno, sólo por esta vez, pero nada de llantos acá. Ya sabes que no me gustan tus pataletas.

Por favor no, no - sollozaba con pánico - no, no, no ¡No!

Fue la súplica y el grito más largo que había escuchado en una mujer. Ella no dejaba de tiritar y se aferraba con fuerza al piso en un vano intento de arrancar, pensaba que su llanto haría que José le tuviera piedad, pero no fue así.

Shh...no pasa nada, sólo quiero tus calzones, nada más - casi como si fuese un arte, comenzó a sacárselos con una delicadeza y tranquilidad que parecía increíble, entre medio de los gritos ahogados de la mujer.

El día que su mamá lo dejó solo en la casa de verano en Pichilemu, fue la primera vez que robó un calzón: rosado de encaje con una cinta que rodeaba el contorno por arriba y terminaba en dos rosas a los costados. Pertenece a la hermana de su mamá quién jamás notó su ausencia y el robo de Felipe pasó desapercibido.

Decidió esconder su nueva adquisición debajo de su colchón para que nadie lo encontrara porque era el único lugar que nadie, además de él, revisaba; la cama y el cambio de sábanas lo tenía que hacer él siempre por regla de la casa, su padre así lo había impuesto y ya era una costumbre tanto para él como para su madre. En las noches, cuando ya no sentía ningún ruido en la casa, sacaba el calzón y lo admiraba.

Físicamente siempre se vio inofensivo con su cuerpo delgado y torpe, pelo oscuro, liso, piel blanca y por si eso no fuera poco, los frenillos le daban el toque infantil. Esto facilitaba las cosas al momento de asaltar mujeres, las que jamás esperaban que un hombre así les robaría o peor...las violaría.

Generalmente solo apuntaba a sus víctimas con una pistola y les pedía que entregaran toda su ropa interior, pero cuando una de ellas se resistía mucho se excitaba. En ese momento, todo estaba perdido para ella: la violación era un hecho.

Cuando eso pasaba, lo disfrutaba sin remordimiento como si fuese algo natural o correcto, tomando como primer paso acomodar a su víctima en un intento fallido de hacer que se sienta a gusto.

Primero agarraba con una mano su cabeza por detrás aferrando sus dedos al cabello de ella, siempre con delicadeza, mientras que la otra abrazaba su cintura. Muy lento la ponía en el piso y le decía algo a su oído con una fracasada intención de ternura, justo antes de ocasionarle la peor experiencia de su vida.

Su frase favorita la sacó del momento en que su papá lo abandonó porque encontró muy curioso que todos decidieran repetir la misma oración, con algunos pequeños cambios, pero al fin y al cabo, siempre con la misma intención.

Esto debió hacerle creer que sí tenía gran importancia para calmar a una persona: *"puede que ahora estés asustada, pero por algo pasan las cosas. Todo estará bien al final, aunque no lo creas ahora"*.

Para ellas, esa frase solo lograba aterrorizarlas más y llorar con más fuerza, gritar con más impotencia e intentar zafarse de las manos de Felipe, lo que irónicamente provocaba aún más ganas en él de llevar a cabo la violación.

Esta rutina de asalto a mano armada la hacía cada vez que sentía la necesidad de otra pieza para su *colección*; así llamaba su madre a la cantidad de ropa interior que poseía.

Mira cuñada, volví a agregar una pieza a mi colección ¿no encuentras que la lencería es lo máspreciado de la mujer? La define completamente - decía su madre, más frecuentemente de lo que uno pueda imaginar.

Felipe tomó esa frase para convertirla a su persona: llegó a tener más de 500 prendas en su preciada colección, cantidad que encontró la PDI una vez que 39 mujeres hicieran la denuncia de violación.

Su Señoría, declaro enfermedad mental en mi cliente creada por un gran trauma de su niñez cuando sufrió el abandono de su padre. El médico psiquiatra confirmó que Felipe Rojas se encuentra incapacitado de asumir culpa alguna de forma moral y recomienda internarlo en un centro siquiátrico. Por esto, solicito formalmente que se declare demencia e incapacidad mental a mi cliente y que éste cumpla la condena en un centro especializado hasta que su enfermedad pueda ser curada - dijo el abogado de Felipe Rojas mirando fijamente al juez mientras dejaba los papeles a su alcance, los cuales avalaban su petición a favor de Felipe.

Motel Noctis

Todo está asquerosamente oscuro. No soy capaz de ver ni siquiera mis manos; da lo mismo que tenga los ojos abiertos o cerrados, igualmente es todo negro. Tampoco estoy seguro de cuántos días llevo enclaustrado en esta mazmorra realmente, sino que todo lo que sé es que me vendrán a sacar de aquí algún día, o al menos eso es lo que me dicen ellos. Siempre ríen después de decirme esas cosas; supongo que tienen un sentido del humor bastante raro, y para ser sincero, estaría excelente si me contasen el chiste, para hacer un poquito más amena mi estancia en este lugar, digo yo. Lo otro que sé de esa gente es que me vienen a dejar comida esporádicamente cada no sé cuántas horas, o inclusive podrían ser días y yo no me daría cuenta, si de todos modos el hambre que paso se siente perpetuamente igual. Aunque al menos hice de mi rutina alimenticia mi única entretenición, un pequeño juego: "encontremos la comida antes que las ratas". No es por presumir, pero me jacto de mi deporte personal de manera humilde y concreta, es que ustedes no saben lo tedioso que es este lugar, más todavía cuando no ves nada. Pero ese logro mío se merece algo doble; no se imaginan cuán gordo estaría de estar como un sedentario.

Antes solía tener la cuenta de los días que llevo en esto por medio de hendijas hechas artesanalmente, todas de mi autoría, a lo largo de mis brazos, pero lamentablemente las primeras ya sanaron y no dejaron ni rastro de su efímera existencia, por lo que decidí empezar a sacarme uno a uno los pelos de la cabeza, algo irónico tomando en cuenta que mi pelo es tan negro como el carbón, ergo, no podría encontrar uno aunque quedase completamente calvo, realidad que abrazo cada año con más fuerza. A pesar de todo, un pseudogenio como yo no se puede detener. Ahora me como una uña de la mano al día, no las de los pies, esas están sucias. Y si bien será problemático el día en que se me acaben, por el momento de eso no me preocupo, ese será tema de mi yo del futuro.

-¡Eh! ¡Uriel, te dejaremos la comida por la derecha esta vez!

-¡Estupendo, mil gracias!-

!Pero miren nada más!, es una comida nueva: arroz en un pequeño pote, probablemente de barro, un vaso con seguramente no más de medio litro de agua y una carne condimentada con pelos, uñas y una o dos colas; creo que a ésta le faltó unos diez minutos de cocción a fuego lento, porque inclusive me rasguñó hasta que le di el décimo mordisco. Aunque si de algo tengo que ser honesto es que el cocinero le puso mucho más amor a la comida esta vez, nunca había saboreado algo tan jugoso; y es más, de no haber sido por los gritos que lanzó habría sido una placentera cena de mediodía, tarde, noche y/o mañana.

Vivir aquí no es tan malo después de todo, al menos puedo satisfacer dichosamente dos y medio placeres del hombre. Para empezar, yo mismo me armé mi propio hoyo negro dentro de este hoyo negro. Ironías, siempre me avivan la existencia. Segundo, y siendo franco, dormir más cómodamente se me hace imposible. Una vez, de chico, mi traumatóloga me dijo que tenía pie plano, cosa que era completamente normal a mi edad. No le recomendaré jamás a alguien que vaya con ella. Me mintió rotundamente: mi pata no mejoró, y de hecho, mi problema me subió por ambas piernas hasta posarse en mi espalda. Todo un milagro, debo admitir. Sin eso que me ocurrió, jamás habría podido acomodarme a mis anchas en este piso de sea lo que sea. Pero si ha de haber alguna razón como para tildar este hotel de lujoso, es la completa libertad como ser humano que aquí recibo. Aquí logro tener toda la privacidad que quiera para poder masturbarme cuanto desee y sin reproche alguno. No hace falta mencionar

que ese es mi placer imposible de concretar como quisiese. Al menos es medianamente realizable mediante el onanismo –para los que no saben, el sexo entre una, otra u ambas manos con mi pene- es mi otro único método de entretenimiento, al menos así estímulo lo que me va quedando de creatividad; además se convierte en mi casi único método de sociabilización y estimulación creativa. Ustedes saben a lo que me refiero, no es necesario que nos leamos la suerte entre gitanos. Y así es mi día, o mi noche, como deseen ustedes llamarle. Me entretengo comiendo, luego me voy a descansar un rato moviendo un poco la mente, me siento a cagar y luego me quedo dormido; aunque debo de admitir que no recuerdo haber tenido algún sueño desde hace mucho, pero dicen que eso le pasa únicamente a los que están locos, y seamos honestos, no creerán ustedes, gente decente, que yo estoy loco, ¿cierto?

Quién cazaba sirenas

8:00 am y el sueño cesa. Lagañas y excusas para permanecer acostado. El sol, el frío, la flojera. Un pelaje le acaricia el cuello, León le pide a maullidos comida. Enciende su radio y explotan *Los Prisioneros* por los parlantes. La letra se escapa de su garganta mientras se estira, se agita y salta para despertar por completo. León ya no se aterra, está acostumbrado a la locura de Roque.

Afuera, el sol se asusta y no quiere pegar con fuerza. Corre ese aire madrugador de verano, que cree ser el más importante. Apenas suena la vida fuera de casa: unos cuantos pájaros, uno que otro motor de auto y, por supuesto, las olas invitándolo a jugar un rato.

Camina a la cocina, mientras se cuele entre sus pies el travieso León. Ahora escucha a *Creedence Clearwater Revival*, honrando a los vinilos que tanto le gustaba coleccionar a su abuelo. '¿Qué será del abuelo?' Su pensamiento es interrumpido por el grito de la tetera y por un arañazo de León. Llena su mate con el agua ya hervida y agrega el secreto de su abuela: cáscaras de limón. '¿Qué será de la abuela?' Esta vez nada lo interrumpe, y recuerda que la última vez que se vieron a la cara, ella lucía hermosa.

León ya está satisfecho y se echa en las faldas de su amo, quien lo acaricia mientras en su otra mano se posa el mate. Sus ojos no se separan de lo que se convirtió en su gran amor: 'La mer'. Tal como solía llamarlo su viejo. Tal como solía cantar el francés *Charles Trenet* junto al otoñal vino de su viejo. 'Viejo', cuánto extrañaba decirle 'viejo'. Acostumbraba escuchar las historias de mar que traía a casa. Ahora entiende que eran meros inventos. Aquellos días se teñían de violines, frío y cuentos de pescadores. Recuerda cuando su padre llegaba de esos largos viajes por el mar, en busca de sirenas, como solía mentirle. Lucía cansado, pero dispuesto a entretenerlo a él, quien lo esperaba pegado a la ventana las últimas horas del día. Luego de ayudar a su madre en la cocina, Roque se colocaba su chaqueta color caqui y secuestraba a León, cuyo porte, para entonces, equivalía al de una patata, y lo hospedaba en su bolsillo. Robaba unos cuantos dulces que siempre dejaba la abuela escondidos y subía al tejado. Desde ahí, Roque y León, esperaban junto al frío ver a su querido viejo cazando sirenas.

'¡Roque, Baja de inmediato, te vas a pegar una neumonía!' Le gritaba su madre. Margarita... La 'dulce Margarita'. Así le decía el viejo. Roque aún no encuentra en otros el amor que había entre sus padres. Recuerda despertarse a media noche y escuchar a *Sinatra*. En el salón, sus padres bailaban abrazados, mirándose a los ojos sin pronunciar palabra. Era *Sinatra* quien los seguía a ellos y no al revés. 'Moon river' y la sonrisa en sus rostros lo tranquilizaban. Se sentaba escondido en el pasillo junto a León, escuchando lo que ahí pasaba y se quedaban profundamente dormidos. Pero siempre despertaba en su cama, todo arropado y con el beso de la 'dulce Margarita' marcado en su frente.

Hasta que un día, Margarita cayó enferma. Su viejo, devastado, inventaba de todo para hacerla sentir mejor. Recuerda noches acompañando a su padre en el garaje. Pasaban horas construyendo lo que Margarita tanto le pidió: un bote. 'La douce Marguerite'. Bote que ahora Roque sigue utilizando para adentrarse al mar y buscar sirenas.

‘Sal de la cama, acompáñame, pero debes cerrar los ojos, hermosa. Tengo un regalo para ti. Toma la mano de Roque. Síguenos’. Aquel día el sol brillaba como nunca, tal como brilló el rostro de su madre, al ver aquel bote con su nombre y una cinta en la cola, roja e improvisada hecha por Roque. Sus ojos verdes ahora estaban lagrimosos. Se acercó al pequeño bote y con su mano lo fue recorriendo. Era tal cual como ella se lo había imaginado. Blanco por debajo, seguido de un color esmeralda donde se veía el nombre del bote en negro, y los bordes rojos tal como solía pintar sus labios. Para entonces sus mejillas ya estaban empapadas en lágrimas. *‘Trae a León, Roque. Vamos a dar un paseo’.*

Ese día, el mar estaba distinto. Ese día, el mar quiso jurarles que nada pasaría. Margarita, sujeta al borde, cerraba sus ojos y no dejaba de sonreír, mientras el mar y el viento le golpeaban el rostro con ternura. Su padre no hacía más que contemplarla a ella. León se escondía en la chaqueta de Roque y maullaba cada vez que una ola grande los remecía. Roque no quería bajarse jamás.

El bote volvió a la orilla. Margarita estaba empapada. *‘Tráele una toalla a tu madre’.* Roque, tan obediente como siempre, partió en busca de la toalla. Pero al salir de casa, vio que su padre sostenía en sus brazos a la ‘dulce Margarita’ que se encontraba tendida en la arena. Su padre lloraba y gritaba, León solo le lamía la cara. Roque supo, entonces, que el mar no pudo cumplir su promesa.

‘Margarita se marchó, Roque. Se ha convertido en sirena y ahora el mar es su refugio’.

Quiero abrazar un árbol.

Hace mucho que el tiempo está detenido. Y se detuvo conmigo. Pasaban las horas y yo miraba por la ventana de un tercer piso. Miraba sin dirección específica. Pasaban niños, autos, pájaros, gente mayor, mientras yo pensaba que quería saltar y agarrarme de aquel “acer japonico” que se encontraba frente a mí. En una sesión de la terapia le comenté a la mujer lo que me pasaba. Mi deseo por saltar y abrazarme del árbol se hacía más intenso a medida que pasaban los días. Me sentía muy capaz de hacerlo, total que tan difícil debe ser saltar y aferrarte a un tronco, aparte este igual era más grueso que el tronco común de esa raza de árboles... Cuando le conté a la psicóloga, ella interpretó una metáfora, me dijo algo cómo “tal vez tu vida necesita estar aferrada a una base estable, a algo duradero y acogedor, un lugar donde te sientas cómodo, protegido y alejado de todas las inestabilidades”... No sentí que tuviera razón, ni tampoco que no la tuviera. De todas formas no estaba ahí por voluntad propia ni sentía que me ayudaban las sesiones, mi pensamiento es más de que uno tiene amigos para conversar las cosas, y yo si los tengo, así que no tengo para que hacer caso a gente que no me conoce más que por un estúpido expediente.

Cada vez que entraba a la sala de clases me paraba detrás del banco que daba justo a la ventana y me ponía a mirar. El profesor entraba y todos se levantaban, tras sus mesas para saludar. Yo hacía cómo si no estuviera ahí, o en verdad no estaba, no lo sé, a veces hay muchas cosas que no entiendo. La cuestión es que solo divagaba al interior de mi cabeza. No podría decir que pensaba en algo específico. Aparecían ideas breves o permanentes. A veces llegaban conflictos del mundo exterior que sacaban a flote pensamientos que yo pensaba se encontraban hundidos para siempre, ahogándose en lagunas mentales.

De vez en cuando tenía una cita con la realidad. Llegaba a mi casa y no había más que paredes. Laberintos sin ventanas, sin vegetación, secos y amargos. El aire helado producido por la humedad del suelo me guiaba por el interior de aquella casa. Sabía a donde podía ir, y a donde no. Mi recorrido era rápido, de la entrada a la pieza, sigiloso para no tener que saludar, y perderme en los pasillos por varias horas. Yo tenía lugares prohibidos, prohibición realizada por mí mismo para no encontrarme con aquella persona que trajo el frío y la tristeza a la casa. En esos tiempos dibujé en mi pared con lápices de carbón un tatuaje que quería hacerme. Había que verlo durante mucho tiempo para estar decidido sobre si era el indicado. Era el mismo árbol que estaba en la ventana de mi clase, pero desde sus raíces, secó, sin hojas y muchas ramas muertas que rodeaban una jaula de pájaro. Lo veía día y noche cuando estaba en mi pieza. Las noches de insomnio llegaba en diferentes estados y le agregaba cosas, tortugas, manos, palabras, rayos, líneas, truenos, flores lánguidas, todo lo que se me ocurriese, para borrarlo al día siguiente afligido por la irremediable llegada de aquél extranjero que jugaba a ser yo. Mi mamá me preguntaba que era o que se suponía que había que ver en aquél dibujo. Lo que tú quieras ver le respondía. Aquellos momentos los viví con mi alma dividida en 3 partes. Quería hacer cosas nuevas pero con el precio de dejar de hacer otras que me habían definido cómo persona, y por ende, terminaba en serias discusiones conmigo mismo en las cuales decidía que no había que dejar de hacer lo que alguna vez tanto me gustó, ya que por algo lo había hecho durante la mayor parte de mi vida, y si quería hacer cosas diferentes, pues también que las hiciera. En consecuencia, dejé de preocuparme por los estudios y por las responsabilidades que me había llevado al hombro tantos años. Había que quitarle el tiempo a

algo. Le fallé a mi mamá, no podría cumplir ni una de todas las promesas que le había hecho, de sacarla de allí, de tenerla como una reina, solo algunas de las millones de cosas que uno dice para consolar a las personas...

Mi cuerpo sufrió ese quiebre y se internó en un mundo de silencio, de presente, de poder controlar el tiempo. Se complementaba con lecturas que me ayudaban a jugar con los recuerdos. Manipularlos, torcerlos y retorcerlos, modificarlos para cambiar el pasado, presente y futuro. Producto de eso, me di cuenta de varias cosas. Pertenecía a un lugar que no era donde debía estar. Tal vez no había lugar para mí. Estaba perdido en el presente y también en el planeta. Fui al pasado, a mi parto específicamente, y me ahorqué con el cordón umbilical. Aparecí en una isla desierta, sin nada más que un libro de Nietzsche que hablaba del superhombre. Lo lancé al agua, y me quedé pensando en que otro lugar podría ser para mí. Vi un futuro, sentado junto a una antigua polola que tenía, comiendo y riendo. Yo vestía con un terno bastante elegante. Ella estaba de negro, escotada, con collares muy brillantes. La comida era agradable, la conversación también. Pero miré hacia atrás. Me vi a mí mismo, con 8 años abriéndole la puerta a mi abuelo a media noche. Estaba enajenado. Le gritó como nunca a mi papá. Se separaron... Supe que las relaciones están destinadas al fracaso. En el futuro me vi viejo, sólo, sin memoria caminando a la orilla de una playa. Mi rostro era inexpresivo, mi mirada estaba pérdida, sin decisión, sin ese "algo" que dice tanto con solo un parpadeo. Aparecí nuevamente en la sala. El profesor de historia me llamó la atención. B, no voy a empezar la clase hasta que te sientes. Lo miré a los ojos. Supe que no era feliz. Me acerqué a él. Profesor tiene que ver esto, urgente le dije. Ya en mi puesto, se posó frente a la ventana y quedó de pie, mirando el horizonte sin moverse. Todos mis compañeros consternados se acercaron a la ventana rápidamente. Quedaron hipnotizados por aquél árbol de origen asiático. Ninguno se movió. Yo bajé las escaleras y miré hacia arriba. Vi a mis compañeros asomados. Vi el árbol desde lo bajo. Había marchitado. Su tronco, sus ramas, sus hojas, se habían inmortalizado ante la mirada de todos. Lo miré una vez más. Lo abracé mientras veía como pasaban por mi mente hechos pasados de la vida canalizados en un impulso inexplicable de aferrarme en aquél acer japonés. Tenía miedo de soltarme... Estaba listo para dejarlo pero me aterraba la idea de enterrar parte de lo que fui. Una vez decidido, me alejé del árbol y partí a hacerme el tatuaje para no olvidar mis raíces.

Suspira

Era más fácil cuando nadie decía nada y de la nada solía nacer todo esto. Y ahora que los murmullos ahogan la materia y todas las personas dejaron atrás lo estático, no brota nada.

Mientras ellos estaban inmersos en sus ilusiones brillantes, fue cuando decidí erróneamente abrir los ojos, y dejar de respirar el agua turbia de sueños y vapores que, la verdad, llenaban cada poro en mí, ensuciándolos de escapismo extremo.

Una realidad virtual que, puedo asegurar, copada de religión, alma y elementos, fue la que perdí.

La desilusión más grande de mi vida, abrir los ojos y ver que todo el mundo los cerró; aun así tienen la gracia de murmurar cosas que no comprendo, pero, las pocas que entiendo... las detesto.

Donde encontraba mi aire, las luces de MI ciudad, los rostros de MIS personajes, la forma de la materia que me rodeaba, ese pequeño mundo del cual nació todo esto y llenaba cada palabra con la más exquisita energía; es más, no sólo las palabras se colmaban, sino que entrelíneas también, todo ese mundo es tan solo una cinta que se quemó delante de un poeta.

Camino entre personas de ojos y bocas censuradas, predestinadas a algo, que se toman de las manos y caminan todas hacia el mismo lugar, gente, simplemente gente en blanco y negro. Miro hacia el cielo y sólo existe el blanco, miro el suelo y allí sigue el blanco manchado por mis zapatos verdes.

Se escuchaba una débil melodía entre los pequeños gritos de la multitud, puedo entrar donde quiera y nadie lo notaría: una mujer que miraba con ojos ciegos a un hombre de presencia indiferente, la delgadez extrema de una niña.

Aquí, en lo que el anciano nombró como realidad, podía sentir los ojos cansados, las manos débiles y el cuerpo pesado. La abuela dijo: sueño, sueños...

Pronto la gente ya no caminaba en círculos ni tenían la boca bloqueada pero yo seguía viendo al señor alto sin cabeza, suspiros...

Suspira...el blanco seguía allí, a lo lejos podía ver un objeto en el suelo, olvidado... como todo el que ve la realidad.

Corro, el objeto verde se ve cada vez más cerca, corro... ¡Un lápiz! De algún niño quizá... en cuanto lo tomo entre mis manos el suelo desaparece y caigo. Abro los ojos en medio de una inhalación y la mujer sigue mirando con ojos ciegos al hombre indiferente, nada había cambiado...

El hombre sin cabeza estaba mirándome en lo que alguna vez fue el dintel de la puerta, alzó una mano hacia mí... ¿Podría devolverme a mi mundo?... No respondió, sólo estiró su mano, me acerqué y él corrió. Levanté mi mano para detenerlo, pero... el lápiz dentro de mi mano desvió mi atención, ¿seguía soñando?

¿Cómo es que todo parecía tan exacto a la "realidad"? El lápiz cayó de mi mano y tiñó todo el suelo de verde. La gente me comenzaba a rodear, comenzaba a correr en círculos, colisionaban unos con otros y de cada choque brotaba algún color; todo empezaba a tomar forma, habían muebles volando y libros nadando, la gente corría a mi alrededor, me encerraba, me sofocaba, me cansaba, el hombre sin cabeza entró al pedazo de suelo que quedaba para mí, tocó mi cabeza y el mundo se detuvo. La gente se alineó formando rayos desde el centro que sería la persona, esa sin cabeza, bajo el cual estaba yo, el hombre indiferente fue el primero de todos en levantar la mano derecha... luego la izquierda... con una quitó la cinta de su boca y con la otra la de sus ojos, abrió los ojos y la boca al mismo tiempo, mi respiración se hacía cada vez más corta, el aire se perdía tan rápidamente como se pierde el agua entre las manos; antes de que pudiera decir alguna cosa, el miedo me hizo cerrar los ojos y a la vez el señor sin cabeza me envolvía entre sus brazos, sentí como se desintegraba. El viento volvió a soplar y nuevamente estaba en mi mundo.

En mi mundo del que no quiero escapar.

Un tango y un café

Esa noche, las luces dejaban al descubierto los pecados más oscuros de la capital. El olor a lluvia débil y el vapor de los autos le hacían recordar que el frío recién estaba llegando y que no se iría en un buen tiempo. El frío le aburre. Néstor es un joven candente que odia abrigarse. Detesta sentir la incómoda ropa cubriendo su cuerpo. *‘¿Cuál es la idea de escondernos de algo en lo que somos todos iguales?’* Discute siempre. *‘¡Andar desnudo es lo más natural del mundo, por qué nos sentimos incómodos sin ropa cuando debería ser lo contrario!’* Y terminado el discurso, se despoja de su ropa haciendo que todos lo sigan. Típicas reuniones entre sus amistades. Él es el que manda, él es el dueño de las drogas y las mujeres. Sus pensamientos se ven interrumpidos. Un auto a toda velocidad desparramó en sus pantalones el residuo de lluvia albergado en lo más olvidado de la cuneta.

Antes de entrar, Néstor, le dio las últimas fumadas a su cigarrillo deseando que no acabara nunca. Prefería quedarse acompañando al frío que sentarse a compartir un café con su padre. Recordó la última vez que compartieron uno. Ojos decepcionados, bocas gritando, gente observando. Néstor soltó una carcajada un tanto irónica, dejó caer el ya acabado cigarrillo y entró al café.

Ahí estaba el viejo. Gastado, cansado e infeliz. *‘Como siempre’* pensó Néstor, y se arrepintió de no haber ingerido sus pastillas regalonas. Sus ojos dejaron de observar al viejo y se desviaron a una especie de escenario arreglado.

‘¿Asique hoy tenemos otro show además del nuestro?’ – La ironía de Néstor se sentó en la mesa junto a su padre. *‘Hola hijo, yo estoy bien ¿qué tal tú?’* – Respondió la ironía del padre. Eran la copia del otro, pero ellos no lo notaban, el odio mutuo los cegaba.

‘Mira, hoy no tengo tiempo de peleas. Dime qué quieres para poder marcharme.’ Pero lo único que quería el viejo esa fría noche, era compartir una taza de café con su hijo, sabiendo que la discusión y las malas palabras les vendrían como postre. Pero él solo quería un café con su único hijo.

‘Te pedí un café’. Un silencio en sus ojos casi ablanda al terco Néstor. *‘No me gustan’* terminó por responder, mientras buscaba en su reloj un llamado de salida. *‘Te lo tragas igual, vamos a conversar’.*

El mesero llegó al rato junto con el café, que tanto significaba para el viejo y que poco y nada significaba para Néstor.

‘Ni gracias le das al mesero, muestra respeto’. Néstor decidió hacer lo que mejor sabe hacer: deslumbrar a su padre con su tan pulida ironía. Y mientras buscaba en sus bolsillos su cajetilla de cigarrillos, gritó: *‘Mil gracias por traerme un café que no ordené y que no me tomaré’.* Y terminó colocando un cigarrillo en su boca. *‘Qué haces, no puedes fumar acá’.* El viejo le arrebató de un manotazo el lucky de sus labios.

Las luces del lugar comenzaron a atenuarse de a poco, hasta quedar por completo a oscuras. *‘SEÑORAS Y SEÑORES’.* Una voz salió por un alto parlante anunciando el show de las 22:00 horas. *‘Qué es esta porquería’.* Sin que su padre lo note, Néstor sacó de su abrigo su petaca

favorita e introdujo en el café una buena dosis de licor. El viejo se giró a Néstor: *'Luego del show hablamos'*. *'Si es así, entonces....'*. Néstor dejó caer todo el café en su boca. El licor pasaba por su garganta como un ardor amenazante, tal como sentía con su padre. Terminó con una sacudita y con el cuerpo más caliente.

-*'Pensé que no te gustaban'*

-*'Cambie de parecer.'*

El show comenzó. Bailarines salieron de todos lados, las luces parpadeaban y no dejaban de jugar. *Carlos Gardel* aparecía de fondo junto con la sensualidad de las bailarinas. TANGO. *'Era obvio'* se dijo Néstor. Conocía a su padre, por mucha bronca que le tuviese. Recordó esas noches junto a *Gardel, Piazzola* y *Sosa*; y a su padre, no cantando, sino que gritando cada pedazo de letra. Que días aquellos, pensó. Luego miró a su padre. La cara del viejo era la de un niño. Cómo gozaba el ya cansado viejo con esa musiquita, ese bandoneón, esa voz que emana de las gargantas más apasionadas. Hasta le pareció tierno. Pero luego recordó a su madre y recordó el día en que ese viejo tanguero lo despojó de su pecho. La ternura se desvanece y vuelve la bronca de siempre. Quiso beber más de su café especial. Pero su taza ya estaba completamente vacía.

Ocurre, entonces, un segundo donde se derritió todo rencor y se quitó la mala borra de café que le estaba dejando aquel encuentro con su viejo. Y fue cuando sus ojos se descuidaron y se toparon con lo que quizás hasta ahora, ha sido lo más hermoso que han visto. Allí, frente a él, sobre el escenario, se dibujó la silueta perfecta. Un cuerpo pegado al negro vivo dejando al goce una pierna al descubierto. Lo demás, trabajo de la imaginación. Las manos tiernas y blancas, que seguramente esconden cientos de amantes. Y unos ojos penetrantes, azules y valientes. La cabellera, no como la de un ángel, si no como el mismo diablo. Roja y peligrosa. Pero eso a Néstor no lo asustaba, todo lo contrario.

De inmediato quiso saber su nombre. Quién era ella. Quién era esa mujer que se movía con tanta elegancia y sensualidad junto al bandoneón. Quiso saber todo sobre ella. Quiso recorrer cada esquina de su contorneada espalda y entregarse a esas blancas piernas. Terminó por pensar: *'Juro que esta será mía'*.

Una Grata Sorpresa

Aquella noche Mindy salto de la cama con una bella y alargada sonrisa, ¡era un sueño esplendido! Mindy era una pequeña y hermosa niña de ojos azules como el bello mar que se encontraba cerca de su casa, tiene un bello pelito castaño y siempre anda sonriendo.

—¡Mami, mami! —grito Mindy, mientras bajaba las escaleras, que son como grandes muros para ella.

—Que paso Mindy? —dijo la madre muy curiosa por la extraña reacción de la pequeña.

—¡Lo he soñado otra vez mami! —grito emocionada Mindy, mientras corría hacia su mama.

—¡Sí! ¡Tal vez tengas toda la razón, tu habilidad de predecir sueños a lo mejor nos dice que es verdad! —dijo fervorosamente la madre de la pequeña, mientras con un gran grito y sonrisa, recibía a su hija dándole uno de los abrazos más apasionados que se le puedan dar a una hija.

—Esta es la tercera vez mami, ¿no dicen siempre que la tercera vez, es la vencida? —dijo muy curiosa la niña.

—Si hija mía, eso dicen, tal vez ahora vuelva con nosotras, hemos estado mucho tiempo sin él, quizás si dios quiere, el mar nos los va a traer de vuelta sano y salvo, para que compartamos cálidamente como una pequeña pero hermosa familia —dijo con un tono de ternura que cualquier hombre desearía escuchar, mientras le miraba los hermosos ojos a la hija, acariciándole su bello cabello.

De repente, un fuerte sonido de puerta quebró la cálida y amorosa interacción de madre e hija, dejándolas perplejas y sin sonido, por lo que sus ojos veían. Llorando de felicidad, se pusieron a correr por lo que habían estado tanto tiempo deseando, darle un apretado y profundo abrazo.

El, había llegado.

Visita

Anoche volviste. Fue agradable. Hace semanas que no me visitabas. Meses, incluso. Ayer lo hiciste. Abriste la puerta principal de tu departamento y me encontraste ahí, donde se suponía. Y yo desde mi cama sonreí en razón de tu presencia. Te acercaste y me sonreíste. Sin hablar. Eran mis ojos abiertos viendo tus labios felices, perfectos. Y los míos respondieron con una sonrisa que se escondía tras la blancura de la almohada. Te abracé y las sábanas sintieron el cariño. Me respondiste con un abrazo que rebozaba en sentimiento. Tu cabeza sobre mi hombro y la mía sobre el tuyo. Se empapaban mis ojos abiertos y así también lo hacía el interior de mis párpados. Estuvimos en esa posición durante unos minutos que fueron tan solo segundos para mi cuerpo recostado sobre el colchón. Luego separamos nuestras cabezas y nos encontramos en el medio. Nariz con nariz. Mi corazón se aceleró. Recuerda que hace meses que no me visitabas. Entonces nos besamos y mi cuerpo por fin lograba descansar luego de largo tiempo de esperarte. Espera constante antes de ir a la cama. Pensando y rogando que volvieras. Para verte. Para tocarte. Para besarte. Porque por mucho que yo vaya, semana tras semana, a visitarte, me es imposible verte bajo dos metros de tierra.

El Espejo

Su verdadero nombre nadie lo sabe. Algunas veces se hacía llamar “Hernán Simple”, otras “Henry Meré”. Se dice que fue un gran escritor, o más que eso, un escritor maldito. Cuenta su leyenda que fue testigo de verdades espantosas del ultra mundo, es tanto el horror que provoca en los ciudadanos que nadie ha sido capaz de investigar su vieja casa, oculta en el bosque oscuro, que se encuentra en el cerro.

Era conocido por sus extravagantes vestimentas y por caminar a través del pueblo predicando ideas absurdas para aquellas personas, pero para mí no, yo le creo. Su última visita al pueblo, se torno sádicamente extraordinaria, no decidió nada más que convertir la vida de toda una ciudad en un cuento de terror del cual hoy sobrevive a través de su leyenda.

Ese día, el cual tiene prohibido ser nombrado, Hernán bajó del cerro muy diferente a otras veces, esta vez su vestimenta no era común en él, su cara estaba demacrada por el cansancio y suciedad, y sus ojos, completamente rojos, con la pupila dilatada. Como siempre, el pueblo se reunió a su alrededor para escuchar sus predicas (que más bien parecían relatos estupendamente escritos). Al momento de captar la atención de todos, exclamó lo siguiente: “He descubierto que Henry Meré intenta descifrar códigos paranormales, por eso hoy, vengo endemoniado a advertirles que no intenten hacer lo mismo” Sacó una pistola de su bolsillo, la puso apuntando de abajo hacia arriba en dirección a su cuello e hizo estallar su mandíbula y su cabeza, haciendo llover en sesos a toda la multitud que lo rodeaba.

En aquel día espeluznante para algunos, no para mí. Mucha gente optó por el suicidio, otros por el silencio y otros, los más ingeniosos, por transformar la historia en una leyenda, que dicta que hasta el día de hoy, nadie ha subido a su pequeña cabaña en la cual se encuentran aquellos oscuros secretos, pues quien lo haga tendrá el mismo desenlace que tuvo Henry o peor. Existe gente que cree en aquella historia y otros, supuestos intelectuales, dicen que aquel acto no fue nada más que un acto de locura por su extraña personalidad y por escribir tantos relatos de terror encerrado en aquel espantoso bosque sobre el cerro.

Bueno, yo quiero cambiar las cosas. Pues a mí, nadie me conoce en todo el pueblo, quizás de vista, pero nada más. Siempre me han intrigado las historias de terror, ya sea leerlas o escribirlas, pero hoy quiero ser parte de la historia y estoy dispuesto a arriesgarme para conocer lo que mi ídolo, Hernán Simple, conoció.

Hoy es el día, tengo mi equipaje listo, una mochila, algo para el apetito y mucha agua, por sobre todo agua. El camino no es muy duro, pero sí largo, son alrededor de 5 horas caminando, las cuales te alejan mucho del pueblo, como también las cuales Hernán caminaba todos los días para narrar sus historias. A mitad de camino, rodeado por árboles, frené a tomarme un descanso, saqué la botella de agua y tomé asiento. El ruido de la ciudad ya había cesado completamente, sólo murmuraba el viento a través de los árboles gigantes y en la punta de uno de ellos, un búho me contemplaba fijamente.

Siempre me han gustado los animales, en especial los búhos, su manera tétrica de mover su cabeza es excelente. Seguí mi camino, con muchas ansias de llegar a la cabaña de Hernán Simple. Al llegar, quedé boca abierta, impresionado. Con sólo verla de lejos pude saber

que las historias eran ciertas, al menos que nadie había llegado ahí, ya que en aquel barro seco, se encontraban las marcas de unos zapatos, idénticos a los que utilizó Henry el día innombrable de invierno. Me adentré a la casa, y por primera vez sentí miedo en mi cuerpo, la sangre se me heló, aquella cabaña verdaderamente parecía embrujada.

Al entrar, todo estaba en orden, una mesa de centro, una taza vacía sobre ella y muchos diarios, qué gran intelectual era. Al subir las escaleras, escalón por escalón, chillaba la madera. Al llegar arriba, entré a la pieza de mi ídolo, y la puerta se cerró de un portazo completamente de la nada, y fue imposible, por más que intenté, poder volver a abrirla. Luego, empecé a escuchar unos golpes muy fuertes en el baño, asustado caminé silente y al llegar caí en un estado de coma por la impresión.

Desperté y pude darme cuenta que no era un sueño, ¡esto era realidad! Hernán Simple se encontraba atrapado dentro del espejo, vestido excéntricamente golpeaba el vidrio mirándome fijamente e intentando decirme algo, pero el ruido no traspasaba aquella dimensión. Encima del lavamanos se encontraba una carta, la cual comencé a leer, sin prestar verdadero interés en los gestos de negación que realizaba Henry Meré atrás del espejo. La carta decía:

“Siento una pequeña fuerza que me empuja a hacerlo, no es mi decisión. Bueno, tampoco alguien me lo impide. Si esto no fuera un engaño quizás no lo haría, la realidad se esconde en los momentos de felicidad, por lo tanto esto no puede ser cierto. Mis ojos se rodean de lágrimas, no las detengo, respiro cortadamente pero a gran velocidad, me mantengo de pie... No soy el único que llora. Mira, escucha, se oyen llantos por todos lados, el lugar es frío, algo tétrico, todo está de blanco, toda la gente, menos yo. Me encuentro de pié, solo, tal como un punto en una pizarra, estoy vestido de negro, no disimulo. Detesto las sonrisas, creo que son pocos los que nos entienden, no se dan cuenta que aquí sólo se escuchan lamentos. Despertar en la realidad tan bruscamente es lo que nos daña, es un suicidio, por parte... Piénsenlo así, medítenlo, por qué alegría en un mundo que su camino es la desgracia en el vacío oscuro de la muerte, nos hace recordar cuánto quisimos. Sufro en la espera del fallecimiento de los que me rodean. El egoísmo me susurra al oído, me escondo, cada vida es una muerte. No lo encuentro, aún la escucho, esa voz penetrante, vivo con ella desde que lo supe, me voy... No pido disculpas por mi despedida, lo hago por haber escrito esta carta y por hacerlos recordar. Quién sea el que se atreva a detener esta plaga, lo halago, quémela antes de saltar de su edificio...”

No hubo tiempo de razonar, lo único que pasó por mi cabeza fue que aquel reflejo era el verdadero Hernán Simple y que su doble, había intercambiado sus dimensiones a través del espejo. Enseguida caí nuevamente en coma.

Unos meses más tarde, varios tipos fueron en búsqueda de Juan, al parecer si había gente que lo conocía y quería, su familia. Al saber que le encantaban los relatos de terror y que su ídolo era Hernán, llegaron a la pequeña cabaña y lo único que encontraron fue a Juan pálido, con la boca abierta, muerto en el piso, esta vez no hubo vuelta atrás. En su mano las cenizas de algún papel quemado y atrás del espejo las marcas de unas manos habiendo intentado rajar el vidrio.

“En un instante...”

Cierro los ojos y recuerdo. Un golpe en la cara. Un tirón de pelo. Otra cachetada. Y por último un empujón fuera de la oficina de mi papá, junto con la frase: “Los hombres no lloran, algún día me darás las gracias por esto”.

Veo a mi padre 30 años más joven junto a mi madre. Ella no le da la mano, evita mirarlo a los ojos, hasta lo trata con desprecio. Cómo no hacerlo si ya le había descubierto tres amantes y un hijo fuera de la familia. Sí, yo tenía un hermano además de los cinco que vivían en mi casa. Todos hombres, todos llamados por primer nombre José y todos evitando ser, en todo lo posible, parecido a nuestro padre.

Mi padre, un ex militar siempre rígido, frío y controlador. Creía que todo tenía que girar a su alrededor y andar a su ritmo. Debía tener lo que quisiera en el mismo instante que le diera la gana y pobre de aquel que se saliera de sus parámetros. Para mala suerte los “rebeldes” que solían hacerlo eran mis hermanos y yo, unos simples niños. Con tanta energía y tanto que dar, pero a la vez tan reprimidos y dirigidos por alguien más.

Parpadeo un par de veces y el rostro de mi madre aparece junto a mi. Tiene muy pocas arrugas, casi no tiene canas que la delaten y por sobre todo destaca su sonrisa. Una simple mueca en su cara y un par de caricias en la zona adolorida después de los retos de mi padre bastaban para que me sintiera tranquilo, para que creyera que todavía tenía un futuro prometedor por delante.

Oscuridad un par de segundos. Luego un edificio muy grande y lleno de jóvenes. ¿Dónde estaba? Recorro un par de pasillos y luego me doy cuenta de que estoy en la universidad. Estoy saliendo de ella, con un diploma en la mano y mi madre llorando de felicidad a mi lado. La abrazo fuertemente y me fijo en un detalle. Su anillo de matrimonio ya no está. Claro, había pasado siete años estudiando Medicina lejos de mi hogar y muchas cosas habían cambiado. Mi madre ya no era la mujer tranquila y sumisa que dejaba que mi padre hiciera lo que le diera la gana. Ahora sabía cómo defenderse. Ya no dejaba que nadie la pasara a llevar e imponía el respeto que merecía. Muchas cosas, pero a un gran costo. Se notaba un gran desgaste en su rostro. Muchas arrugas, y su sonrisa ahora apenas se formaba, pero lo peor fue que, con el divorcio, la frialdad de mi padre se quedó impregnada en ella para siempre. Llego hasta la salida de mi universidad, cierro los ojos y pienso. Es la última vez que estoy en este lugar considerándolo mi segundo hogar. Uff.. Tantas experiencias, emociones y recuerdos. Al irme, dejo atrás muchas cosas que viví sólo ahí, y que en el fondo sabía que por más que fueron importantes, tarde o temprano serían insignificantes para mi.

Todos mis compañeros y ahora colegas quedan atrás en un instante. Jamás en la vida volveré a verlos a todos, alguno morirá en un par de años en algún accidente, otro se suicidará debido a la presión real de la vida, otros se irán a vivir muy lejos en busca de algún sueño y los demás simplemente dejarán de estar en mi vida.

También dejaba en ese lugar a mi primer amor. Camila. Mi primer beso nervioso. Mis primeros meses sin ningún peso porque todo lo gastaba en ella. Infinitas promesas de amor eterno. Cinco años de risas, caricias, penas, peleas y reconciliaciones. La primera mujer que

había amado. La única persona que logró romper mi corazón al irse con mi mejor amigo y la primera y última vez que logré amar a una mujer de verdad.

Pero todo eso no importaba. Ahora era médico, de verdad lo había logrado. El único problema era que jamás podría decir que había estudiado medicina por vocación, pero al menos podría restregarle a mi viejo que sí tenía razón, que el dinero sí es importante, pero que incluso ahora podría tener mucho más que él, porque si había algo que tenía claro en ese preciso instante mientras daba mis primeros pasos fuera de la universidad, era que llegaría a tener una gran fortuna, que nunca nadie podría volver a herir mis sentimientos y por sobre todo, que sería alguien que marcaría historia, no como mi padre, que ya estaba jubilado, con muchos años encima y sin ninguna otra distracción que un par de prostitutas y unos cigarrillos por las noches junto a un vaso de ron.

Lo siguiente que miro es una amplia casa, llena de lujos, y gente que trabajaba para mí. Recorro las habitaciones en busca de mis hijos. Me detengo y reflexiono un instante. Yo no tengo hijos. Ni siquiera quería considerar tener a esos pequeños seres que tantas veces mi padre apuntó como "limitantes en la vida". Miro mis manos. No hay anillo. Por qué querría estar casado con una mujer que tarde o temprano me aburriría. Abro una puerta y veo a una mujer dormida en una cama, apenas cubierta por las sábanas. Cierro la puerta despacio para que no se despierte y le digo a la empleada que apenas se levante le diga que tuve una urgencia y que le muestre amablemente la puerta de salida. Debo admitirlo, lo había pasado bien en su compañía, pero tenía planes para esa noche.

Llamo a Pablo y confirmo que iré a la fiesta que habíamos acordado. Al llegar la noche me subo a mi lujoso auto, que por cierto es un gran atrayente de mujeres, y voy en busca de mi amigo. Pablo, un buen hombre. 15 años menor que yo. En este momento estoy en mi peak cuarentón y él está en sus primeros años de trabajo, pero eso no impide que sea una buena compañía.

Llegamos al primer bar. Como de costumbre yo invito los mejores tragos del lugar. Primera ronda. Segunda. Tercera. Para la quinta ya tengo a una mujer sentada en mis piernas, tomando un trago exótico, claro, invito yo, así las conquisto más rápido. Pablo ya se ha ido a su casa con su conquista de la noche. Nuevamente me prometió que la próxima vez invita él. No importa, es buen amigo.

Rápidamente pasan los días, los meses y los años. Llegué a ganar tanto dinero que pude jubilarme cómodamente. Nunca tuve hijos. Tuve muchas novias, pero nunca nada serio, siempre que me aburría las cambiaba. Siempre fui libre, gocé la vida e hice lo que me dio la gana. Puedo decir que fui un vividor y que aproveché mi vida al máximo.

Abro los ojos. Miro a mi alrededor. Definitivamente tengo una hermosa casa. Me levanto con un poco de dificultad, ya que los años han tenido efecto en mi cuerpo. Observo mis manos y las veo realmente arrugadas, me recuerdan a las de mi padre antes de morir. Camino por los largos pasillos de mi casa y me doy cuenta de que no hay nadie más que la empleada preparándome el desayuno. Me sonrío forzosamente y al instante me da la espalda para seguir con su deber. Me sirvo un poco de whisky, son las 10 de la mañana, pero hago lo que me da la gana. Me siento en una mecedora en el jardín. Qué hermosa vista. Me gustaría compartirla

con alguien, pero no tengo con quién. Sé que a Camila le encantaría, pero ya no está. Ella se lo perdió.

Pienso en que logré todo lo que siempre quise, fui exitoso, no me faltaron mujeres, tuve todo el dinero que deseé y, por sobre todo, fui mejor que mi padre. En ese mismo instante pienso en la última frase que mi madre me dirigió. “No termines como tu padre, no te quedes solo”.

Corro hacia el espejo más cercano y me observo. Pero lo que primero veo es a mi padre. Luego a mí. Después no sé a quién estoy viendo. Me concentro y veo detalladamente al hombre reflejado en aquel espejo. Soy yo. No era otra persona más que yo, pero no dejaba de ver a mi padre en cada centímetro de mi piel.

Y en esa fracción de segundo, en ese pequeño y mínimo instante me doy cuenta de que toda mi vida estuve convirtiéndome en lo que menos quería ser. Un viejo solo, sin nada más que vicios, con poder, pero al fin y al cabo sin nada.

Unas estruendosas carcajadas salen de mí. Doy un largo sorbo de alcohol y me sumerjo nuevamente en mi única compañía. Cierro los ojos y en un instante me hundo en mis recuerdos.

La Mochila Militar

Antes todo era un paisaje. Hace tiempo atrás, cuando diseñaba los jardines de las casas por dinero, observaba muy diferente el pasto y las piedras, los insectos y los pétalos, todo, incluso la simple ceniza de lo anterior ya consumido por el fuego. Después las observaciones se tornaron confusas y lo que veía se arremolinó hacia arriba y hacia fuera, como escapando de sus engranajes cotidianos. Me sentí poseído por una inhabilidad completa y destructiva. El talento que pretendía desarrollar perdió mi interés tal como sucede con la nieve para los esquimales. El ambiente que me rodeaba era de un avasallador blanco neutro, pero dentro de esa piscina del absurdo resaltaba el origen de aquél cambio que me hizo perder el compás funcional que comienza rutinariamente por la mañana. Abro los ojos y ahí está: “ese día”, siempre alto y distinguido, sin embargo difuso e indiferente, enredado con las preguntas que no dejan de atosigarme.

Yo estaba trabajando en una casa lujosa, los dueños estaban comenzando la mudanza y debía encargarme de tener listo un jardín interior en el cual había un estanque para peces justo en el centro del territorio. Ya había depositado las plantas acuáticas, instalado el filtro y puesto los adoquines grisáceos de los alrededores. Fue el día en que llevé los peces y los vacié en el estanque. Sucedió que a los pocos segundos todos nadaron a esconderse bajo la capa de nenúfares y no pude apreciar mi obra finalizada. Esperé largo rato, prácticamente hasta que atardeció, sin embargo los peces no salían de su guarida. Aburrido, me puse a dar vueltas por la casa, intruseaba las habitaciones y las cajas ahí depositadas unas sobre otras. Las fotos familiares eran lo único ya reordenado en el hogar, clavadas en los muros esas caras sonrientes enfrentaban cada noche un silencio total. Ahora yo pasaba entre ellas como un fantasma dejando mi halo de raíces y polen prematuro. En una esquina del patio encontré una bicicleta, la tomé y, al echar otra mirada para percatarme si los peces ya se habían atrevido a salir, abrí la reja de entrada y me puse a pedalear como un loco. Anduve tan embobado en el esfuerzo de pedalear que perdí la noción de donde me encontraba, las calles ya no las reconocía y el cielo, sobre todo el cielo que cada vez se tornaba más rojizo, era para mí sumamente amenazante.

A lo lejos vi un edificio en ruinas, destruido por el tiempo, su silueta quebrada resaltaba entre los aquietados cerros. Fui hacia él. Habiendo dejado fondeada la bicicleta subí sus escalones de harinoso concreto. Las paredes estaban agrietadas y manojos de cables oxidados salían de ellas como grandes trenzas que acabaran de desarmarse. Subí hasta la azotea y peligrosamente me acerqué a su borde. Ahí recién tuve conciencia de los lugares, del día que agonizaba en un nervioso crepúsculo y de los peces allá lejos que seguramente seguirían escondidos bajo los nenúfares. Y pensé mucho en ellos: en los nenúfares y en los peces, y en todo cuanto dependían unos de otros. Imaginé sus aletas, las colas doradas curvándose con rapidez y elegancia en un fondo oscuro y al mismo tiempo la flor del nenúfar explotando en color y novedad. Así yo me encontraba, en el borde del edificio, tal cual estaría una esfinge por siglos y siglos recibiendo los granos de arena como miles de segundos con sus respectivas milésimas estrellándosele en el rostro ocre.

Por aquél ensimismamiento no me di cuenta del grupo de gente que se había formado en la base del edificio. La gente movía sus brazos como queriendo que yo retrocediera. Temeroso y

confuso, bajé lo más veloz que pude, a medida que iba descendiendo podía escuchar el murmullo del gentío allá afuera, y por los huecos gastados en los muros, que anteriormente eran ventanas, los podía distinguir moverse tratando de adivinar la puerta por la cual debían recibirme. Salí y una multitud de brazos me estrechó. “¡Gracias!”-gritaban. Por sus palabras pude entender que la multitud había pensado que yo intentaba arrojarme del edificio para acabar con mi vida. No lo podía creer, me embargaba una sensación de náusea mezcla de desesperación y placer. La gente me abrazaba, me cubría con sus ropas e intentaba acariciarme. Súbitamente comencé a llorar sin saber por qué. Me invadía una pena gigantesca hacia mí mismo.

Y así entre lágrimas fui avanzando con la gente a mi lado, una mujer joven llevaba la bicicleta. A su lado había un hombre que la tomaba de la mano. Parecía un militar y lo que me sorprendió fue su increíble expresión de tristeza. Me miraba fijamente y sus ojos estaban enrojecidos. Mi reacción obvia fue pensar que lo hice recordar algún pasaje trágico de su vida de servicio. Pero después caí en cuenta de que lo único que tenía de militar era su mochila y que aun siéndolo este hombre era demasiado joven como para haber asistido a alguna guerra o algo parecido. De repente el hombre soltó la mano de la mujer y se aproximó hacia mí, la mujer lo observaba con una misteriosa serenidad. Se abrió paso entre el grupo de gente que me rodeaba y con un gesto llamó mi atención. No dijo nada, sólo se quitó la mochila que llevaba, la cual me había llevado a la confusión de confundirlo con un militar, y me la extendió. Yo la recibí sin hacerle pregunta alguna y me la puse al hombro. Sus dientes eran muy amarillos. Me siguieron hasta la puerta de la casa, ahí dejaron apoyada la bicicleta y se largaron con el resto de la gente.

Al entrar lo primero que vi fueron los peces nadando, muy similares a como los había imaginado, pero esta vez moviéndose a plena luz y la flor del nenúfar aún cerrada. En pocos segundos notaron mi presencia y todos volvieron nadando veloces a su refugio en la sombra. Yo llevaba la mochila al hombro y todavía no había visto lo que contenía. Me la descolgué y abrí su cierre. La verdad no había nada relevante: un cuaderno con anotaciones de calles y cálculos simples, una botella de agua, un trozo de pan que arrojé al estanque para los peces, un gorro y una pequeña pila en uno de los pliegues del fondo. Nada más. Nada significativo.

Dentro no se encontraba la explicación, sin embargo el prisma por el que ahora observo las cosas se ha reducido a lo ocurrido aquella tarde, porque nunca podré llegar a saber la razón de esa vieja cumbre que podría haber sido torre de sacrificio, ni el por qué del obsequio del hombre al que confundí con un militar. Me angustia desconocer el origen de su tristeza y la mía, tan íntimamente ligadas. Sé que me quedé hasta el anochecer ese día, porque recuerdo la luna reflejándose en el estanque e iluminando los temblores del agua provocados por un leve viento. Hoy vuelvo a abrir la mochila y pongo uno a uno los objetos sobre mi mesa: el cuaderno, la botella, el gorro, la pequeña pila. Que el día los ilumine y me sacie de verdad. Intento buscarles su relación, los observo con tanta fuerza, quiero que me digan sino qué tengo que hacer para alejarlos de mi mente. Busco entre los hilos invisibles la más mínima seña reveladora. -¿Por qué habré salido a pasear aquél día? El cielo era amenazante y las nubes se plegaban enmudecidas como largas generaciones de páginas en blanco. -¿Qué me habrá impulsado a pararme en ese borde? -¿Cuál de todos aquellos individuos que se reunieron habrá sido el primero en observarme desde su vida ordinaria y sentir miedo?

Nos vamos al Edén

Los animales, los pájaros, los elefantes, los camellos, los caballos... Se van todos caminando felices a un lugar especial, van a vivir mejor. Se siguen entre ellos y nadie entiende que pasa en este fenómeno natural.

Me voy a infiltrar, me disfrazo de oso y ahora soy un animal.

Caminando cada vez mas lejos llegan a un portal, nubes rojas y amarillas, púrpuras y verdes, todos los colores reunidos puedo ver.

Pero no entiendo que sucede, desaparecen, pasando por aquellas singulares nubes esponjosas todo es diferente, un nuevo mundo quizás.

Uno a uno los animales comienzan a pasar entre medios de las nubes, se van... Se fueron todos. Los camellos primero y así los mas pequeños hasta los mas grandes, todos ellos, los pude ver pasar a mi lado, y no hacían mas que sonreír, nunca desviaron su mirada para observarme de manera extraña.

Siguen los pájaros, y así todos, ya no queda más.

Algo me decía que corriera, mi intuición llenaba mi espíritu de valor y así decidí de correr, ir más allá, quería ver.

Cada vez mas cerca, ya me sentía diferente y me preguntaba a donde se marchaban, que estoy haciendo, pero como ya no habían animales, valia la pena seguirlos.

Me sentía libre.

Ellos mas rápidos, parecía que volaban todos a través de las nubes y de pronto yo era uno mas, uno de ellos, soy igual.

Me fui.

Desde acá se puede ver a las personas como extrañan la vida natural y sincera de los animales. Pero yo ya no soy una persona, todo es diferente, ver con ojos de un peludo animal.

Me siento incluido, pronto ya soy uno de ellos, una familia.

En la tierra la ciencia no explica tales fenómenos, pero la filosofía es capaz de llegar mas allá y pensar de manera distinta, al notar que todos los seres mas sinceros del planeta se habían marchado, entendieron que no estaban por una razón tan grande como es vivir a salvo. Las personas ya no son aptas para cuidar, a todo le ponen precio y lo destrozan. No aprecian la belleza de la naturaleza.

Pero ya no soy así, ya no pienso en eso. Al dormir puedo ver mi vida pasar, veo como podía ser de esa manera y ahora como tengo una oportunidad de vivir, logre pasar de ese mundo a este y por eso soy afortunado, ahora puedo vivir, soy un oso de verdad.

Todo a vuelto a empezar. Los arboles luminosos, tan grandes, la vida diferente, los colores excepcionales, los animales felices bailando y corriendo. Vemos las luces que nos sonríen y los

ríos llenos de peces. Las flores son tan grandes y los frutos tan dulces. Jardines acá y allá donde crece y vive de todo.

No hay que destruir lo mas hermoso que nos rodea, la naturaleza, debemos conservar el planeta.